REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANA

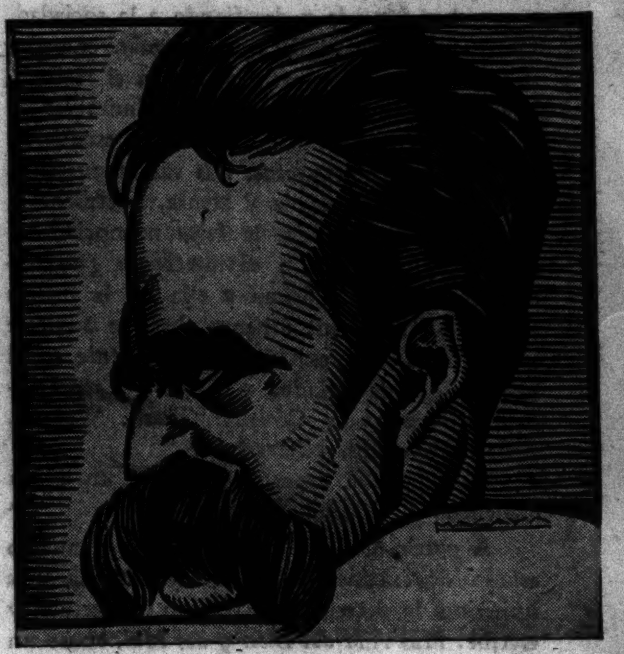
Tomo XLVI San José, Costa Rica 1950 Lunes 30 de Octubre Nº 20

Año XXXI — No. 1119

Contenido patológico en la obra de NIETZSCHE

(En *Rep. Amer.*)

(Fragmentos de un ensayo titulado: *Psicopatología de Nietzsche*).



Federico Nietzsche
(Dibujo de *Macaya*).

La tendencia a la desconfianza con humor sombrío; la susceptibilidad; la poca espontaneidad con los demás, la autofilia, la tendencia paralógica en la apreciación de los hechos reales, casi siempre considerados a través de una tonalidad afectiva ambivalente, se manifestaron siempre, claramente, en la personalidad de Nietzsche.

Desengañado de todo y de todos, exclama en un momento de su vida:

"Desde hoy entro en una absoluta soledad".

Y el solitario filósofo concibe, desde entonces, una nueva misión que cumplir en la vida. Todo lo que ha hecho hasta entonces, imagínase, no ha sido sino un ensayo. Pero ahora ha llegado el momento de edificar la verdadera obra, que será un símbolo al que se le debe rodear de lirismo y de ritmo, y en medio del cual introduciría, como centro, una figura humana y profética: *Zarathustra*, el apóstol persa, el mistagogo del fuego. Un título: *Así hablaba Zarathustra;* un subtítulo: "Un libro para todos y para nadie", anuncian el poema, signo de una vida nueva.

En diez semanas concibe y termina su poema; en la primera parte concibe la idea del *super-hombre*, símbolo de un progreso real que modifica las cosas, promesa de una evasión posible más allá de la fatalidad. Zarathustra anuncia al super-hombre: el profeta de una buena nueva. El filósofo habla al través de Zarathustra. De aquí que la figura mítica del héroe refleja, con toda claridad, el estado mental de su autor. La segunda parte de la obra es amarga: Zarathustra no tiene ya la expansión y la exuberante alegría que tuvo al descender de la montaña, para llevar su mensaje a las turbas, derrumbando los viejos conceptos y proclamando la superperfección humana.

Nietzsche le presenta otro lenguaje: el de Zarathustra justiciero, " de una justicia en su forma más grandiosa, de la justicia que forma, que edifica y que, por lo tanto, tendrá que destruir". Tiene insultos y lamentaciones en sus labios; ya no es el héroe, el superhombre que creara la euforia de Nietzsche, en la primera parte; es un símbolo de la desesperación, es el humor áspero y violento, es el ardor salvaje que las prescripciones morales han tratado siempre de atenuar y vencer. Nietzsche emplea, en esta segunda parte, la idea del *Retorno Eterno*, que desechara en la primera parte, pero modificando el sentido y la aplicación, como un instrumento de terrorismo moral, como un símbolo que dispersa los sueños.

Nietzsche había tenido la intención de acabar su poema. Las dos partes están escritas y apenas si ha dicho casi nada. Aún más: los dos símbolos sobre los cuales hace reposar el poema —el *Eterno Retorno* y el *Super-hombre*— constituyen un desacuerdo, que hace imposible la terminación de la obra. El Retorno Eterno es una cruel verdad, que suprime toda esperanza; el Super-hombre es una esperanza, una ilusión. De uno a otro no hay solución de continuidad, y la contradicción es más bien completa. Si Zarathustra enseña el Retorno Eterno, no podrá suscitar en las almas una creencia apasionada en la superhumanidad; y si enseña el Super-hombre, no podrá propagar el terrorismo moral del Eterno Retorno. Sin embargo, el filósofo refugiado en el absurdo, por el desorden y la premura con que va escribiendo sus pensamientos, en su fase psicopatológica de inestabilidad y de superactividad psico-motora, intenta imponer a Zarathustra esta doble e incongruente tarea.

Así hablaba Zarathustra, la obra capital de Federico Nietzsche, con estilo místico, como si fuera un evangelio a la vez poético y lírico, como un poema, nunca fué accesible a la comprensión del público. Pasó desapercibida e incomprendida de todos, y el editor se negó a lanzar a la publicidad su última parte, teniendo el filósofo que editarla, en el número de cincuenta ejemplares, para el estrecho círculo de sus amigos. Recuerda Daniel Hávely —uno de los biógrafos que más ha penetrado en la intimidad de Nietzsche— que, cuando en 1872 Nietzsche enviaba a la señorita Meysemburg la serie interrumpida de sus conferencias sobre el porvenir de las universidades, le escribió: "Esto da una sed terrible, y a la postre, nada que beber". Palabras que bien pudieron aplicársele, después, a *Así hablaba Zarathustra*.

Los propios amigos de Nietzsche no entendieron el mensaje de Zarathustra. El Barón de Stein le escribió al filósofo diciéndole, con toda sinceridad, que de toda la obra apenas había llegado a comprender una decena de frases. Nietzsche le contestó que ello le enorgullecía, porque demostraba lo indescifrable y lo original de sus composiciones. Y a su amigo Rhode le escribió: "Contigo, que eres un *homus literatus*, no quiero retener esta confesión: se me antoja que con este "Zarathustra" he llevado la lengua alemana a su punto de perfección. Después de Lutero y de Goethe, quedaba un tercer paso que dar. Dime, mi querido y viejo camarada, si la fuerza, la flexibilidad y la belleza del sonido, estuvieron nunca tan bien ligadas en nuestra lengua... Mi estilo es una danza; juego con simetrías de toda especie; y hasta la misma elección de vocales es un juego..."

La euforia de esa época, la megalomanía, el delirio de grandeza, la confianza extremadamente absoluta en las cualidades extraordinarias de su obra y de su personalidad —propias de su iniciada ya parálisis general— se revelan en sus cartas. Al Profesor Karl Knotz le decía: "De mi "Zarathustra" opino que es lo más profundo, existente en lengua alemana y, también, la más perfecta en cuanto al idioma. Pero para percibir esto es necesario que pasen generaciones de generaciones, para que comprendan el elemento que sirvió de base al conocimiento de la obra..." En su carta a Peter Gazt le anunciaba: "Con este nuevo libro entro en un nuevo círculo y seré considerado en el futuro, en Alemania y en el mundo entero, como un loco por haber escrito esta maravillosa serie de sermones morales..." Al Barón de Sydlitz, como una clara revelación de su delirio de grandeza, le decía: "Soy el primer filósofo de mi época, o más bien dicho, el filósofo decisivo y fatal situado entre dos siglos. Pero esta posición singular ha debido de ser pagada por una actitud fría y cortante de todos. A pesar de haber llegado a los cuarenta y cinco años y haber producido, aproximadamente, quince obras, entre ella la "non-plus-ultra, o Zarathustra, no ha surgido en Alemania un estudio medianamente digno de consideración sobre mis obras". "Me hacen —concluye Nietzsche el paranoico— blanco de sus maldades, de sus calumnias sin cuento, y reina en torno a mi personalidad un desenfrenado tono de adversidad, expresado en todas las publicaciones, tanto eruditas como populares..."

"Quien sepa respirar el aire que circula por mis obras, sabrá lo que es la atmósfera de las grandes alturas, donde el aire es más puro y arrebatador..." "Poseo el más complejo arte del estilo que jamás hombre alguno poseyera..." "Con el tercer libro de Zarathustra, yo ascendí a mil millas encima de lo que se llama poesía...", etc., son frases que manifiestan, claramente, el estado mental por el que atravesaba el filósofo de la *voluntad del poderío*.

Asimismo, en plena megalomanía, cuando

hablaba del conocimiento que él tenía del sexo femenino, sus ideas se revestían de caracteres de verdadera erotomanía: "Soy el primer psicólogo del eterno femenino —decía—. Me aman todas las mujeres que quieren dar hijos al mundo..." Y acude a su pensamiento una singular idea, malsana y parásita idea fabulatoria, que se enraiza en el pasado. Qué hermosa era aquella mujer incomparable, Cósima Litz, que todavía casada y desafiando a la sociedad, viniera a vivir con Ricardo Wagner, compartiendo sus luchas y ayudándolo en el trabajo. Nietzsche recuerda aquellos días admirables de Trebchen, en que Cósima lo acogía, escuchaba sus ideas y sus proyectos, leía sus manuscritos y se mostraba benévola y atenta. Nietzsche se exalta. La paramnesia, la falsa memoria, deforma sus recuerdos, y se interroga: ¿no habría él amado a Cósima y ella no le habría amado a él? En sus últimas obras se advierte esta extraña idea, expresada veladamente en el mito griego de Ariadna y Teseo y Baco-Dionisios. Ariadna es Cósima: Teseo, Wagner, y Baco-Dionisios, Nietzsche.

"Ariadna, te amo...", escribió, en plena demencia, a Cósima Wagner.

A partir de 1886, Nietzsche en el mismo estado de expansibilidad, siente todavía más imperiosa la necesidad de trabajo intelectual, y escribe: *Más Allá del Bien y del Mal*, como un comentario a su *Así hablaba Zarathustra*. Pero obtiene el mismo silencio indiferente. Sin embargo, una alegre excitación favorece y apresura su trabajo. Todos los alienistas conocen estos estados singulares que preceden a las últimas crisis de la parálisis general. Escribe la *Genealogía de la Moral*, como complemento de *Más allá del Bien y del Mal, La Voluntad de Poderío, El Caso Wagner*, en el cual con la violencia y la agresividad llevadas al extremo, se esforzó por demostrar que el arte wagneriano era simple expresión de decadencia. Luego, después, *Ditirambos a Dionisios, El Crepúsculo de los Idolos*, etc.

En el brevísimo tiempo de diecinueve días escribió Nietzsche su biografía: *Ecce Homo*, revelación auténtica del derrumbamiento definitivo de sus facultades mentales. "No soy un hombre; soy una dinamita —decía—. Soy el mensajero feliz, como nunca hubo otro igual. Soy el hombre fatal, el hombre más terrible que pueda existir... Conozco la alegría de la destrucción, sólo en grado comparable a mi fuerza destructora... Soy el primer inmoralista y me ufano de ser el portador de ese nombre, que me coloca a la cabeza de toda la humanidad..."

En el año de 1888, describía Nietzsche la inspiración y el fuego que le devoraba para seguir escribiendo, con estas bellas frases, que podrían ser una descripción acabada y perfecta del estado mental de la euforia paralítica, no igualada por psiquiatra alguno: "Una alegría tan intensa que, a veces, se desborda en un torrente de lágrimas; un perfecto éxtasis, en el cual puedo percibir los arpegios sutiles que vibran al través de todo mi ser; una sensación de felicidad, que es como el instinto del ritmo atravesando por las profundiades de mi alma... Tengo la íntima certeza de que sólo cuando el tiempo gire por millones de años, encontraría yo a alguien que se atraviera a decir: también yo experimenté esa sensación..."

Junto a la euforia y a la hiperactividad psicomotora, acusaba Nietzsche cierta irritabilidad explosiva, que se manifestaba al contacto con las más pequeñas contrariedades, bajo la forma de verdaderas crisis impulsivas de agresividad y de destrucción. De ahí que Max Nordau reconociera, en Nietzsche, un fondo de sadismo, susceptible de ser avizorado en su vida y en sus obras. En carta a Peter Gast, en febrero de 1888, le decía: "Me encuentro en un estado de irritabilidad crónica sobre el cual me concedo, en los momentos mejores, una especie de desquite que no es seguramente de los más gratos, adoptando, como adopto, la forma de un exceso de dureza".

Todo esto aclara la aparición de sus tres libros: *El Caso Wagner, El Crepúsculo de los Idolos* y el *Anticristo*. Su resistencia moral, la fuerza de su juventud, la serenidad de los días de antaño, son destrozadas por la evolución del mal, que remuerde las fibras más elevadas de su psiquismo. Su alma enferma no resiste más a la irritabilidad y se dedica, desde entonces, como en un obedecimiento ciego a sus impulsos de destrucción, a escribir verdaderos libelos.

A comienzos de marzo de 1886, un fuerte temblor de tierra asustó a los desocupados cosmopolitas de Niza. Federico Nietzsche se complace en estos cataclismos que recuerdan al hombre su pequeñez ante el Cosmos y expresa el deseo de que una ola gigantesca suprimiese cuando menos a Niza y a sus habitantes. Su deseo, casi realizado, le regocija morbosamente.

Por las páginas, pues, de *Así hablaba Zarathustra*, por los renglones de *Ecce Homo* y *El Anticristo*, rondaba, como un cuervo fatídico, el fantasma alucinante y trágico de la locura...

Dr. Agustín CUEVA TAMARIZ.
Cuenca, Ecuador.

Ha muerto el León de Taracapá

Por *Fernando ALEGRIA*
(En *Rep. Amer.*)

Con la muerte de don Arturo Alessandri Palma se cierra uno de los períodos más interesantes de la historia política de Chile: período de turbulentas conmociones sociales, de reformas, de crisis, de inquietante búsqueda en que el pueblo chileno abandonó para siempre su provincialismo conservador del siglo diecinueve y se entregó audazmente a las experiencias políticas del industrialismo liberal del siglo veinte.

Alessandri simboliza el triunfo de la clase media chilena. Hasta 1920 el país había sido gobernado patriarcalmente por una oligarquía campesina. Aquel fué el Chile pujante y sobrio de las conquistas del Pacífico, que contó con la confianza del Imperio Británico mientras fué dirigido por esos ancianos de apellidos vascos, honrados e ignorantes, quienes, gracias a su sentido doméstico de la economía y a su repugnancia por todo lo que fuera innovación, lograron conservar el poder en un estado de aparente equilibrio. En los años del primer gobierno de Alessandri los obreros de las pampas salitreras comienzan a organizarse en sindicatos y a exigir una participación más directa en los asuntos de la nación. El cambio se produjo en medio de una gravísima crisis económica y fué acompañado de huelgas y conatos revolucionarios que dan a la historia de Chile desde 1920 hasta nuestros días una clara apariencia de fronda, como si toda ella hubiera sido gestada a la sombra de una inmensa bandera roja. Alessandri presidió en Chile el nacimiento de una república organizada sobre una base positivista y liberal tan inclinada al pragmatismo que por muchos años los chilenos han sido llamados por sus vecinos —ignoro si con admiración o aprehensiones— "los yanquis de Sudamérica".

Los chilenos de mi generación no conocimos otro presidente que Alessandri. (Ni Aguirre Cerda ni Ríos terminaron su período). Por más de treinta años Alessandri gobernó al país —directa o indirectamente— casi sin contrapeso. Cuando no era Presidente era candidato a la Presidencia o jefe de la oposición en el exilio o Presidente del Senado o se daba maña para mantener en su mano la carta que decidiría una elección. Se llegó a decir que Alessandri había iniciado una dinastía en Chile. (Su hijo Fernando pudo haber ganado las elecciones de 1946, las perdió a causa de la división entre liberales y conservadores).

¿Qué clase de hombre fué este que dominó por medio siglo el destino del pueblo chileno? Alessandri es hoy, y lo será por muchos años, una leyenda. Como Roosevelt. Sus enemigos se empeñarán en arrojar barro en su recuerdo, descubrirán toda clase de peligrosos y equívocos compromisos políticos, le culparán de esto y lo otro y, a pesar de todo, su figura irá creciendo, llenándose de complejas significaciones, sostenida por la imaginación del pueblo, adornada de heroísmos que acaso no fueron suyos, de actuaciones geniales que, tal vez no le correspondieron. Habrá quienes le idealicen —como a Balmaceda— o intenten crear una mística reaccionaria en torno a su nombre —como ha sido el caso de Portales—. Habrá quienes le acusen de sanguinario y quienes le alaben por valiente y decidido. Le llamarán el padre de la Legislación social en Chile y, al mismo tiempo, el enemigo de la unidad obrera. Dirán que fué ilustre director de la masonería —responsable de la separación de la Iglesia y el Estado en Chile— pero ¿cómo olvidar su presencia en los Te Deums de la catedral santiaguina y su estrecha amistad con el Arzobispo Errázuriz?

Fué un gran político. Un político —en su plano— tan hábil como Roosevelt. Izquierdista y socializante en su juventud, conservador en su madurez, benignamente liberal en su vejez. Persiguió y encarceló a mucha gente. En 1938 él mismo se declaró responsable de la matanza del Seguro Obrero. Sin embargo, fué uno de los más vigorosos impulsadores de la libertad de conciencia en Chile, defendió el concepto democrático de la cultura, la función social de la educación.

Nació en Linares el 20 de diciembre de 1868, hijo de don Pedro Alessandri y de doña Susana Palma. Siguió la carrera de leyes en la Universidad de Chile y, con el tiempo, llegaría a ser uno de los jurisconsultos más distinguidos de América, vencedor de causas célebres en París, consejero de gobiernos y particulares, experto en asuntos de política económica e internacional. Durante sus años mozos trabajó en la Biblioteca Nacional de Santiago. Fué elegido diputado por Curicó y reelegido en cinco ocasiones. Lanzado ya a la carrera política sirvió en varios ministerios, fué elegido senador por Tarapacá —allí se ganó el sobrenombre de León— y llegó por pri-

mera vez a la Presidencia de Chile en 1920 como candidato de la Alianza Liberal. Recuerdo vivamente la entonación preñada de emociones con que los viejos políticos chilenos mencionan siempre el nombre de esa Alianza Liberal... Alessandri creó una mística en el pueblo. En un ambiente de mesurada mediocridad política llegó a predicar un credo de redención social con una oratoria que no ha sido jamás sobrepasada en Chile por su vigor, su profundidad, su candente sentimentalismo, su elaborada retórica aprendida en Castelar, aderezada con inspiraciones de Quintana y con las destrezas epigramáticas de un Campoamor. Sacudió las pampas del salitre, sembró rebeldías, en su rastro nacieron poderosas agrupaciones obreras y, cuando se demostró incapaz de orientar ese movimiento revolucionario que ponía en marcha, frente a frente le aparecieron los sindicatos, asambleas y periódicos del líder Luis Emilio Recabarren.

Dicen que Alessandri perdió las elecciones de 1920. El resultado había sido tan estrecho que el Congreso tuvo que decidirlas y, temiendo la reacción de las masas que se rebelaban a lo largo del país, entregó el poder al León por una votación de 177 contra 176...

De esta elección emergió la primera imagen de un mito que crecería más y más con los años. Se repetían sus frases, se le glorificaba en canciones. Su manera de dirigirse al pueblo se hizo clásica: "Mi querida chusma..." decía. Se le ridiculizaba porque todas sus promesas las hacía "con el corazón en la mano..." El pueblo le adjudicó esta frase de Castelar que Alessandri repitió con gran éxito: "El odio nada engendra, sólo el amor es fecundo". La revista satírica *Topaze* hizo famosa esta respuesta suya al ofrecimiento de una candidatura presidencial: "No quiero, no puedo ni debo...", candidatura que aceptó poco tiempo después.

No obstante contar con el apoyo de grandes sectores obreros y de toda la clase media, los años de su primer gobierno fueron en extremo difíciles. La industria salitrera —base esencial de la economía chilena— se derrumbó de la noche a la mañana. Paralizadas las plantas, los obreros desafiaron al gobierno con peligrosas manifestaciones revolucionarias. Alessandri trató de renunciar, pero no se lo permitieron. Perdió el apoyo del Congreso y en septiembre de 1924 abandonó el país dejando paso a una Junta Militar. La Junta, gobernando por medio de decretos, se mantuvo en el poder hasta 1925. El pueblo exigió el regreso del León de Tarapacá. Patentes estaban aún en la imaginación popular los ecos de su voz y la pirotecnia de sus promesas: mejoramiento de las clases obreras, descentralización administrativa, libertad de educación, reorganización del sistema de impuestos y legislación social.

Su entrada a Santiago fué apoteósica. Es mi primer recuerdo personal de Alessandri. Jamás olvidaré su paso por la Alameda entre miles y miles de personas que le vitoreaban fanáticamente como al salvador de Chile. Dictó al país una nueva constitución y renunció después para que se realizaran las elecciones presidenciales. Triunfó en ellas don Emiliano Figueroa quien, no obstante su buen humor, se demostró totalmente incapaz de gobernar. Un movimiento militar acabó con el conato de democracia y Alessandri tuvo que vivir en el destierro hasta 1932, año en que volvió a ocupar la Presidencia una vez más, pero ahora como candidato de las fuerzas derechistas.

Venía transformado. Sus años de permanencia en Europa observando el desarrollo de esa crisis política y económica que haría erupción más tarde en una serie de guerras civiles, invasiones y ataques armados, le enseñaron una teoría de gobierno que iba a causar gran sorpresa entre sus partidarios de la gesta revolucionaria del año veinte. Alessandri llegó con la idea fija de mantenerse en el poder, sin cuidarse mucho de ideales o promesas, atento al influjo cambiante de los bandos políticos, dispuesto a desbaratar a sus enemigos ya fuera por medio de la astucia perlamentaria o por medio de la fuerza policial. En su memoria estaba el ejemplo impresionante de Mussolini. La lección —más oscura y siniestra, pero doblemente seductora— de Hitler. Se enfrentó a un candidato socialista y a uno conservador. Triunfó una vez más como abanderado de la clase media: empleados públicos, profesionales, obreros mutualistas, fuerzas armadas de bajo rango. Pero no se consideró ligado mayormente a quienes le llevaron al poder. Su ministro de finanzas fué el arquetipo de la reacción con nexos internacionales, un hombre experto en operaciones bursátiles pero tan alejado de Sudamérica que hasta el español lo hablaba con dificultad. La izquierda se organizó para combatirle. Fueron los años del Frente Popular, de la fiebre antifascista que prendió en las apasionadas palabras de Barbusse, Blum y Daladier, los años de la guerra civil española y de la política de neutralidad de Roosevelt. Alessandri le compró aviones a Mussolini. Sin embargo, mientras se enfrentaba a las fuerzas de izquierda con verdadera ferocidad y mientras no ocultaba su admiración por el naciente imperio italiano, tuvo frente al fascismo un gesto sorpresivo, una actitud tan espectacular que pasará, sin duda, a la historia de Chile como una de los episodios más extraños de toda su actuación política.

Alessandri fué siempre reconocido como un hombre de valor a toda prueba, lo demostró en duelos singulares y lo demostró el 21 de mayo de 1938 ante el Cuerpo Diplomático y los miembros del Congreso chileno cuando, durante la lectura de su mensaje anual, Jorge González Von Marees —jefe del partido nazi chileno— atentó contra su vida desde su asiento de congresal. Recuerdo el incidente con especial claridad porque estaba escuchando en esos momentos la transmisión radial que se hacía de la ceremonia. Alessandri

suspendió la lectura de su discurso por algunos momentos dando tiempo a que González descargara su pistola y a que los agentes de seguridad lo sacaran arrastrando en seguida y, luego, sin hacer el menor comentario continuó hablando. El locutor de radio mostró más emoción en su voz al describir el incidente que Alessandri después de haber sido el blanco de tal atentado terrorista.

No olvidó el León este episodio y su buena memoria es la única razón que se me ocurre para explicar su actitud, meses más tarde, frente al movimiento armado que organizara González Von Marees y que llevara a cabo con la ayuda de estudiantes universitarios de filiación nazista. Los estudiantes se tomaron el edificio central de la Universidad de Chile y el edificio de la Caja de Seguro Obrero, a pocos metros este último de La Moneda. Alessandri bajó de su despacho a la calle a observar el combate que se entabló entre la policía y los nazis atrincherados en el rascacielo. Con sus propias manos acarreó el cuerpo de un carabinero que cayó baleado frente al palacio. Los estudiantes combatieron unas horas y se rindieron después al comprobar que su movimiento carecía de apoyo popular o militar. El grupo que se había apoderado de la Universidad fué traído con las manos en alto en señal de rendición hasta la Caja de Seguro Obrero. Allí, según palabras del propio Alessandri, bajo su responsabilidad todos los rendidos fueron masacrados por los carabineros. La opinión pública protestó horrorizada contra el salvajismo desplegado por las autoridades. Recuerdo que llegaba yo ese año a Chile de regreso de una convención de la juventud que se había realizado en Nueva York y, aunque

habían pasado semanas desde que ocurriera la tragedia, todavía encontré el ambiente de Santiago conmovido por los ecos de la matanza, cruzado por toda clase de rumores y amenazas veladas contra el Presidente Alessandri. Von Marees tuvo la audacia de llamar a una concentración de nazis para protestar contra el gobierno en un teatro de Santiago.

Alessandri, sin embargo, le había quebrado el espinazo al movimiento nazi en Chile. Los mismos matones que unos meses antes recorrían el país acuchillando y baleando a los militantes del Frente Popular se escondieron ahora ante la ofensiva implacable del anciano Alessandri, y abandonaron a su "Jefe" quien, declarado insano por la Justicia, fué a parar a un manicomio (hoy, si no me equivoco, es figura destacada en el propio partido de Alessandri...) Un día encontré al Presidente en uno de sus periódicos paseos por el Parque Forestal. Le acompañaba, como siempre, su gigantesco perro danés y un retahila de agentes de seguridad. En dirección opuesta venía un camión cargado de nazis uniformados que regresaban de una concentración. Cuando vieron al Presidente detuvieron el camión y se acercaron al paseo para insultarle. Alessandri les contempló un instante, sacó su revólver y caminó hacia ellos con gesto amenazador. Los nazis, echados de bruces, huyeron en su camión antes de que el Presidente tuviera que disparar una bala.

La matanza del Seguro Obrero le costó a la derecha las elecciones de 1938. Toda la ciudadanía consciente del país votó por don Pedro Aguirre Cerda y condenó así la reacción fatídica que representaba el señor Gustavo Ross, candidato de don Arturo Alessandri.

Más o menos olvidado este episodio, don Arturo Alessandri volvió a la vida pública. Era Presidente del Senado cuando le sorprendió la muerte.

Todo esto, naturalmente, es un puñado insignificante de hechos extraídos sin mayor esmero de una historia que, narrada metódicamente, se leería como la genuina crónica civil de Chile en la primera mitad del siglo veinte. Hay en la vida de Alessandri anécdotas para llenar varias novelas. Hay en su carrera política lecciones que servirán durante mucho tiempo a los Presidentes de Hispano América que se vean amenazados por enemigos demasiado ansiosos o demasiado audaces. (¡Cómo ha utilizado estas lecciones el actual Presidente de Chile!) Alessandri fué maestro en dividir para derrotar a la oposición, fué inimitable en el arte de dar un puesto para desarmar a un adversario ya sea contentándole en sus ambiciones de gloria y posesión económica o para exhibirlo fracasado ante el pueblo, en toda su mediocridad. Dueño de una oratoria que sabía manejar en todos los tonos imaginables —la oración académica, la arenga popular, la conferencia universitaria o la simple y bonachona conversación de sobremesa— se ganó la admiración y simpatía hasta de sus rivales. Fué querido y odiado. Y perdonado, cosa que no a todo gobernante acontece.

Quinientas mil personas se reunieron el día de su entierro a rendirle un postrer homenaje. ¡Pequeño número comparado con las generaciones de chilenos que pronunciarán su nombre con veneración y en su vida estudiarán con asombro la tragicomedia del político hispanoamericano por excelencia!

San Salvador, El Salvador.

Setiembre de 1950.

Si no es así, no vuelva

Es un cuento de *Ermida CANOSSA MORA*

(En *Rep. Amer.*)

Don Julio sonrió sastifecho frente a su escritorio, mientras frotaba sus manos una con otra, con ese gesto de cura bonachón, como decía su padre. La sonrisa se le cortó al acordarse del viejo. ¿Por qué se le vendría a la memoria con tanta frecuencia en estos últimos días?

Con un gesto de indiferencia desechó los recuerdos, y comenzó a ver la correspondencia. Lo hizo distraídamente, porque no podía arrancarse aún de los homenajes recibidos, de las pompas hechas en su honor, de la alegría tan grande de ser ministro.

Ministro del Estado.

Bello fruto de sacrificios, y estudio, e incansable labor.

Cerraba los ojos y se miraba hacia adentro. Y murmuraba:

—Sí, lo merezco. He trabajado con alma y vida.

Pero allá en el fondo, en el puro fondo, en los primeros pasos de su carrera política, allí... no se atrevía a mirar.

Algunas veces que valientemente lo intentó, encontraba la imagen de su padre repitiendo: —Lo que no tiene buen principio, no tiene buen fin.

La verdad, era mejor seguir leyendo cartas y más cartas de felicitación, e irlas poniendo en la canasta de los papeles para contestar. Dentro de tres días entraría en funciones, y tendría secretaria que le hiciera ese trabajo.

De pronto, se fijó en una carta. Parecía no entenderla. Miró varias veces, se pasó la mano por los ojos y la frente, y con los dedos entre el pelo rizoso que ya plateaba algunas canas, leyó de nuevo:

"Verdaderamente y desde el fondo de tu alma, ¿te sientes satisfecho, hijo mío?"—*Tu padre.*

Su padre. Sí. Claro. Esa era su letra. Querida letra gruesa y dispareja de hombre de trabajo. ¡Cuántos años que no la veía! Desde que estuvo estudiando en el extranjero.

Pasó sus dedos sobre el papel, como para convencerse de que realmente estaba allí, y otra vez sintió miedo de mirar hacia adentro. Miedo de averiguar si en verdad estaba satisfecho, o no.

Cuando yo entré, tenía la mirada lejana. Casi no contestó a mi saludo.

—¿Otro anónimo? —pregunté aludiendo a la carta que aún tenía en la mano.

—No. ¡Cómo me enojé ayer con el intento de chantaje!

—¿Ya te pasó?

—Pues, la cólera sí. Pero siento... no sé si es miedo o amargura, y un enorme deseo de volver a casa.

Lo miré con asombro.

—¿A tu casa?

—A mi casa. No esta residencia lujosa, pero mi hogar; allá en el campo, donde mis viejos.

—¿Tus padres? ¿Viven? Pero...

—Sí. Comprendo que te admire, y hasta es posible que te resientas. Tú, mi amigo íntimo, mi hermano casi, nunca me oíste hablar de mis padres. Viven. Sana y honradamente. Tienen una granja, donde yo nací y crecí. Un día salí lleno de entusiasmo y buena voluntad... ¡Vieras cómo deseo volver!

—¿Hay algo que te lo impida?

—Sí.

—¿No lo puedes remediar?

—Así lo creo. Como que Dios me está iluminando. Hace días no hago más que recordar y revivir escenas hogareñas, consejos de hace años.

—Así lo crees... Apenas crees. ¿Es difícil?

—Mucho. Y suspirando agregó: —Porque amo los honores. Y porque tenía gran-

des esperanzas en mi carrera política.

—Lo dices en una forma, como si tuvieras que abandonarla.

—Exacto.

—No me vas a salir ahora con eso. Ahora que ya colmaste tus anhelos. Señor Ministro, recuerda que el país todo confía en ti, en la labor que vas a hacer.

—No. No me hables así. Déjame oír la voz de papá, que es la que me guía bien.— Y en tono bajo, más bien reflexionando en voz alta, repuso: —Si le hubiera hecho caso... si hubiera llegado a este cargo sin haberme ensuciado antes...

—¿Ensuciado?

—Sí, amigo. El anónimo tenía razón. Hay asuntillos por ahí, cuando inicié mi carrera política, que pueden ser objeto de chantaje. Si me someto a eso...

—¡No, no! Habrá algún medio; pensemos.

—Lo he pensado. Aun sin querer, lo he pensado. Continua, febrilmente desde que llegó el papel a mis manos. Sólo hay dos caminos: aceptar las condiciones y ponerme en manos del chantajista, y enfangarme más y más, según él lo quiera, o limpiarme de una vez, completamente, y sentirme libre de todo temor, y poder volver a casa.

—¡Ah! ¿Eso es lo que te impide?

—¿Ardes en curiosidad por saber mi historia, no?

Aunque era verdad, no contesté, y Julio prosiguió:

—Además, a mí me hace falta que alguien me escuche. Tú eres mi mejor amigo, y vas a saber lo que he hecho, y lo que pienso hacer ahora que papá me abre las puertas con esta carta.

—¿Es de tu padre la carta?

—Sí. Mírala.— Y mientras yo leía, él comenzó a contar:

—Mi padre, al decir de todos, es un excéntrico. En realidad tiene sus rarezas, en la forma de hacer las cosas, de exponerlas. Pero es el hombre más recto y más honrado. Bueno como pocos. Jamás concedió un ápice en los preceptos por él trazados, y exigía perfección en la conducta de los demás. Nunca fué capaz de comprender cómo otros cometieran alguna falta y siguieran tan tranquilos.

Vivía consagrado por entero a sus trabajos de agricultura, y no parecía darse cuenta de lo que pasaba fuera de su casa.

Siempre recuerdo su voz llena repitiendo sentenciosa: —No quiero oír nunca decir que alguno de mis hijos ha hecho algo indebido.

Eramos cuatro hermanas y yo. Llevábamos una vida sencilla de campo, pero eso sí, nos mandaban al colegio y nos exigían buenas notas.

Mamá era la persona más activa y diligente que yo recuerdo. Siempre estaba haciendo algo que embelleciera el hogar, y era como un cascabel, alegre y cariñosa. Contrastaba su carácter con el de papá, serio, callado. Por ser él único hombre, era yo la esperanza del viejo. ...¡Y pensar que ahora que soy algo, no se lo puedo ofrecer, porque es imposible que él lo acepte!— Haciéndose para atrás el cabello un poco ralo en las sienes, continuó:

—Desde pequeño me fué enseñando a trabajar la tierra y a seleccionar semilla. —La tierra —decía— la tierra buena que todo lo malo y feo torna en flores y frutos para bien del hombre. Coge de ella tu ejemplo, hijo mío, y nunca hagas acciones en perjuicio de nadie.

Tenía yo dieciocho años.

Cuando terminé mis estudios de liceo, se me dió una beca para hacer un curso de agricultura en los Estados Unidos. ¡Cómo me puse de satisfecho! De seguro la conducta intachable de papá, y su labor constante y efectiva en pro de la agricultura, agregados a mis buenas notas, fueron las que consiguieron mi beca; pero yo creí el mérito sólo mío, y no cabía dentro de mí de gozo y orgullo.

Recuerdo la emoción de mamá mientras me cosía la ropa, y los miles y miles de cosas que me recomendó, entre puntada y puntada.

Mis hermanas no hablaban más que de mi viaje, y a punta de fantasía construímos entre todos, una vez y otra, los paisajes, el colegio, las gentes, todo lo que iba a conocer.

Papá, siempre trabajando, me hacía ayudarle y nunca comentaba nada. Como si ignorara el asunto.

En un sueño se llegó mi partida. Todo estaba listo: los papeles, la valija, las píldoras para el mareo. Para el medio día del sábado estaba fijada la salida del avión. La noche del viernes fué solemne. La comida era especial, y hasta convidados había.

Me acosté, pero los nervios no me dejaban dormir. Pasé dando vueltas todas las primeras horas. Después me calmé, y estaba en lo mejor del sueño, cuando me despertó papá.

—Hijo, ya es hora de levantarse.

—¿Tan temprano? —dije bostezando, sin abrir los ojos.

—Sí. Venga—. Y me llevó al baño.

—Pero si son apenas las cinco. Y hace mucho frío.

—Tenga—. Y me dió un jabón de ese que en el campo llamamos de tierra, hecho con grasa de cerdo y lejía. —Aquí está este jabón y este paste. Ahora se va a dar una bañada como nunca. Por lo menos cuatro jabonadas se va a dar. Y se estriega duro con el paste. Cuando sale, me busca.

Yo encontraba que eso era cosa de locos, pero como nunca le discutíamos a papá, lo hice tal cual me lo pedía. Salí tiritando y con la piel enrojecida de la fricción. Papá estaba sentado en su sillón en el corredor, la barbilla en la mano, mirando sus nuevos injertos que crecían lozanos.

—¿Ya?

—Sí, señor.

—¿Bien, bien lavado?

—Sí, señor.

—Bueno. Venga conmigo.

Sin chistar lo seguí. Me llevó a la iglesia.

Como que el cura nos estaba esperando, porque salió a recibirnos, y papá, luego de saludarlo, dijo:

—Aquí está el muchacho, Padre—. Y volviéndose a mí: —Ahora te vas a confesar, para que luego oigas misa y comulgues.

La sorpresa no me dejó contestar, pero seguí al padre, me hinqué en el confesionario, y lleno de la emoción más grande comencé a decir mis pecados.— Se pasó la mano por la frente ardorosa. —Si así fueran, como esos, mis pecados de ahora... —murmuró.

—Pues —le contesté, sin saber cómo animarlo—. No deben ser tan grandes. Tú eres bueno por naturaleza.

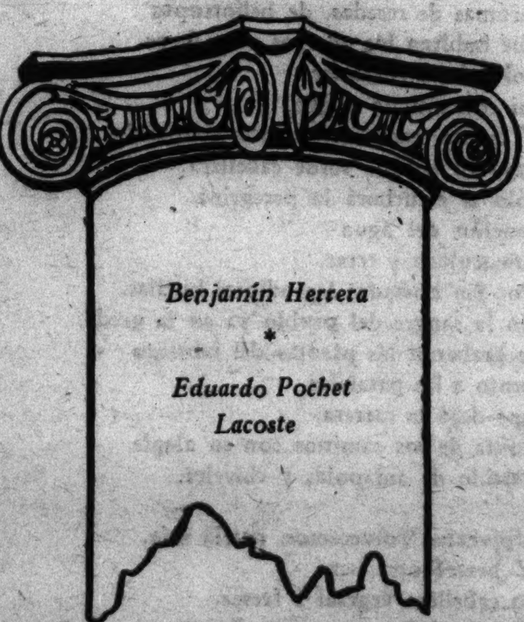
Sonriendo como agradecido, o tal vez por lo que recordaba, prosiguió:

—Si supieras lo bella que es la iglesia de mi pueblo. En aquella mañanita helada, tan temprano, sólo dos o tres abuelitas rezaban por ahí. Una colocaba flores al pie de una santa, y toda la nave se llenaba de un perfume penetrante. Cuando terminé mi confesión me reuní con papá, y esperamos a que comenzara la misa. Sobrecogido de piedad y de silencio, me quedé sin rezar y sin pensar, hasta que de pronto me di cuenta de que toda mi atención estaba puesta en seguir los movimientos de las llamas de dos velitas, colocadas allá, cerca del altar. Se agrandaban, se achicaban, parecían jugar un seguido y yo no podía dejar de mirarlas, siguiendo su juego luminoso y fascinante. Cerré los ojos un momento, y los abrí mirando en otra dirección. Entonces fué el vuelo de unas golondrinas lo que tuve que seguir. Iglesia piadosa de mi bello pueblo, llena de nidos de golondrinas en todos sus adornos y cornisas.

Mi padre me tocó con el codo.

—Vaya a recibir la comunión —susurró.

¡Qué bello momento! Mi alma estaba inmensa. Inmensa. Comprendía todo, todo lo amaba. Terminó la ceremonia, y yo no me moví de mi lugar, hasta que mi papá, con una voz solemne que nunca podré olvidar, me dijo:



Esta es la columna miliaria del *Repertorio Americano*.

En ella inscribimos los nombres de los suscritores y amigos que por años, hasta el final de sus días, lo recibieron, lo estimaron y colaboraron.

Promotores de Cultura fueron!

—Fíjese bien en todo, y recuerde. Usted sale de casa y del pueblo, limpio. Completamente limpio del alma y del cuerpo. Así debe regresar. Si no...— La emoción no lo dejó terminar. Lo miré. Tenía los ojos llenos de lágrimas y trataba de hacerse el fuerte. Lo abracé estrechamente, y los dos lloramos.— Al revivir la escena, también se dejó dominar por el llanto. Yo no pude hablar, porque... por lo mismo. Muy emocionado, prosiguió Julio:

—Hasta hoy vuelvo a llorar, desde entonces. Y estas lágrimas me limpian. Siento que soy el mismo de antes, el que estudiaba agricultura.

Le di unas palmadas en el hombro, y comencé a pasearme por la oficina, sin atinar a decir nada. Y él prosiguió:

—En los Estados Unidos comencé muy bien mis estudios. Pero no sé qué me pasó. Llegaron en una ocasión unos exilados políticos, y allí comencé yo a enredarme en sus asuntos y sus intereses. No terminé mi carrera, y me hundí en un torbellino que me hizo llegar a Ministro. Pero ahora soy otra vez el niño que sigue exactos los pasos de su padre, y no puede aceptar lo que no sea realmente recto. Mis actuaciones políticas, todos lo saben, son magníficas. Pero al principio... cuando nadie me conocía, ¡qué torcidas fueron! Tengo que apartarlas de mí. Todas. Y empezar de nuevo a trabajar, como a Dios le gusta, y a papá. Haré una vida hermosa, aunque los demás no la comprendan, y me iré a abrazar al viejo.

. . . .

Unos días más tarde, cuando todo el mundo trataba de ser amigo de un nuevo Ministro, y lo adulaban, comentando en voz baja los pretendidos motivos de la destitución del que se iba, recibí una carta de mi amigo, sencilla, franca, rebozante de paz; entre otras cosas me decía: "...nada hay en este mundo que pueda compensar el regreso al hogar".

En San José de Costa Rica.
6 de enero de 1950.

Evocación, fuga y regreso

(En *Rep. Amer.*)

A *Carlos Luis Sáenz*,
amigo ausente de la patria

I

Con tus ríos tranquilos, perfumados
de selva y de vergel
y de heliotropos,
en donde el agua fluye mansamente;
con tus tardes rosadas y celestes
y tus sabanas verdes
que se extienden
con su manto, oloroso
mar terrestre;
con tus largos caminos colorados,
víctimas de la carreta persistente,
yo te recuerdo, patria de la infancia,
como constante floración
presente.
Yo abracé las cinturas fugitivas
de tus sonoras fuentes,
y mis labios besaron tus caminos
bordeados de jocotes y lebreles.
Y me hundí entre la espuma
de tus selvas
para absorber tu aroma y tu sonriente
caleidoscopio tropical de ensueño.
Resedas, azahares, huele noche,
jazmines, heliotropos, sacanjunches,
olor de tierra negra y prodigiosa,
entre mi corazón se encienden.
Verdura de los montes indomados,
escamosos y frescos como peces,
brillantes litorales que conozco
hasta la última concha reluciente,
fantasía circular de las carretas
con sonidos de péndulos, presentes
siempre en mi corazón de tierra,
como la tuya ardiente,
aromada de rosas y silvestre.
El tibio vaho de los trapiches vuelve
como en las tardes del invierno verde,
dulce aliento de buey, olor a caña
que es como vara de mágicos poderes.
Acuarelas del campo: alegres fiestas:
caballitos enanos de madera,
el diablo suelto en las calles de la aldea
con su vejiga alerta
que va sembrando
el terror infantil de puerta en puerta.
Yo te recuerdo, patria de la infancia,
como constante floración
presente.

II

Un día se estremeció la gleba
y huyó el labriego a sus montes indomables.
Una nube siniestra
cubrió tu cara fresca de doncella.
La sangre derramada por los campos
y en las calles tranquilas de la aldea,
fué como río interminable y múltiple,
que hizo brotar más ríos
de amargo llanto que humedeció la tierra.
Invasores llegaron como fieras
armados de machetes y metrallas,
para regar la muerte entre tus selvas
fragantes y serenas.
Y cayeron las guarias de las peñas,
marchitas por la pólvora y el plomo,
cesó el bullicio dominical, alegre
de los mercados y las plazoletas.
Sólo quedó un silencio
duro, denso, amargo, inmenso,
salpicado de explosiones y estridencias
en que la bayoneta,
amenaza constante, abrió los surcos
que llevan a la muerte y en la greda
amasada con sangre de labriegos,
como un sello siniestro y traicionero
grabó su tosca bota el forastero.
Tus brazos amorosos se entreabrieron
para estrechar tus muertos,
caídos junto a la trinchera
o en la montaña ensombrecida y fresca.
Confusión de lamentos y de quejas
en el perfil lejano de las sierras
y en las enrojecidas carreteras,
olorosas a sangre ardiente y buena.

Sangre, más sangre, sangre del labriego
y sangre del obrero.
Sangre. Sangre. Más sangre.

Yo te perdí, dulce visión lejana,
desde entonces entre una nube negra,
entre las explosiones y las quejas
y el ruido de las botas forasteras,
y el chocar de brillantes bayonetas
y el salvaje estampido de los máuseres
y el repique epiléptico
y hambriento
de las metrallas incansables, negras
de asesinar obreros
y labriegos.

Yo te perdí como se pierde un sueño
a fuerza de explosiones y de fuego.
Yo te perdí en aquella nube negra
que amortajó siniestra
tu cuerpo dulce y fresco de doncella.

III

Pero has de regresar: regresaremos
cuando se desvanezcan
el humo de la pólvora, el siniestro,
armado paso de los forasteros,
y la sangre fecunda del labrador
y del obrero
florezca por las eras y senderos.
De nuevo habrá bullicio en las plazuelas,
a donde lleva el campesino sus cosechas.
Renacerán las guarias en las peñas
con su brillante seda;
y el poró y el jocote de las cercas
presentarán sus armas indefensas,
como un arco de paz a las carretas,
que lentas y risueñas en la tierra
van marcando sus huellas
paralelas,
mientras sus bellas rosas de los vientos
confunden sus colores dando vueltas.
De nuevo habrá en los barrios y aldehuelas
enanos caballitos de madera
y el diablo por las calles correrá
con su vejiga alerta;
otra vez en las taquillas, olorosas
a guaro y a pimienta y a manteca,
rústicas universidades de los pueblos,
se oirán las discusiones y la abierta
boca de la guitarra cantará
junto a los campesinos ebrios.

Aromas de resedas, de heliotropos
que habitan los arroyos y senderos
volverán a encender
mi corazón de nuevo.
Y en las tranquilas fuentes escondidas
bajo tu espesa, verde cabellera,
sólo se escuchará la peregrina
canción del agua
inmaculada y tersa.
Por fin borradas las odiosas huellas,
sin la sangre del pueblo ya en la greda,
se grabarán las plantas del labriego
junto a las paralelas
que dejó la carreta,
novia de los caminos con su alegre
vestido de amapolas y claveles.

Volverás. Volveremos, patria mía.
Y besaré otra vez
tu cabellera vegetal y fresca.
Y beberé tu sangre cristalina
entre mis manos secas.
Y me hundiré en la espuma de tus selvas
para aspirar tu aroma y tu presencia.

Pedro ANDINO.

Costa Rica, junio de 1950.

La vida barcelonesa de Jaime Barrera Parra

Por *Mario SANTA CRUZ*

(Es un recorte. *Envío del autor*, en Bogotá. Agosto de 1950).

Este artículo es casi una improvisación, porque lo he tenido que hacer a la vista del amigo y compañero que me lo pidió, hace algunos días, para la revista *Santanderes*, que va ya en su segundo número y que, aunque impresa en Bogotá, acendra el perfume viril de aquellos departamentos de gente "macha", que tienen de la Venezuela próxima el anhelo de vivir peligrosamente, como ordenaba el Maestro de Sils-María, y la sensualidad terrígena, que es de recóndita esencia colombiana.

Jaime Barrera Parra me hizo sentir en Barcelona la dualidad que añoro en estas líneas. Le conocía en casa del Dr. Aurelio Mutis, que era en la Ciudad Condal, sede de la cortesía que alabó Cervantes, el refugio de la colonia juvenil colombiana. Allí nos juntábamos los domingos: Jaime y Saulo Barrera, Luis Ardila Gómez, Luis José Luque, Antonio Ordóñez Mutis y Fernando Daza, cuyo rostro agareno le hacía pasar por andaluz. Por lo amado de las damas, le llamábamos "Tortolito".

Jaime vivió al principio en la Calle de Pelayo, a pocos pasos del hermoso edificio de *La Vanguardia*, que no sólo era el mejor diario de Cataluña sino uno de los más serios y respetados de España. Le recuerdo como si le estuviera viendo: alto, desgarbado, cetrino el rostro, con el cabello lacio y rebelde que emergía bajo el ala del sombrero. Me preocupaban sus brazos, tan luengos, que con la punta de los dedos de la mano, se podía tocar las rótulas. Le bautizamos con el cognomento de *Zigoto*, porque se parecía, como una gota de agua a otra, al cómico italiano que hacía las delicias del público cineasta europeo.

Intimamos desde el principio, gracias a la igualdad de nuestras aficiones literarias, inclinadas hacia los autores franceses: juntos leíamos a Anatole France, Paul Bourget, Marcel Proust, que comenzaba apenas a ser conocido, y sobre todo, a Renán. De los españoles preferíamos a Unamuno, Azorín, don Ramón del Valle Inclán y Pío Baroja, tan cáustico, amargado y rústico.



Jaime Barrera Parra

La suave ironía —espuma y flor de su alma bondadosa— la fué acendrando Jaime Barrera Parra, como la esponja la sal del mar, en las lecturas morosas del hidalgo portugués Eca de Queiros. Ambos estuvimos de acuerdo en que el humorismo de éste era mucho más espontáneo, cosquilleante y ecuménico, que el de don Anatolio Francisco Thibault, como traducía mi amigo el nombre familiar del autor de *Los dioses tienen sed*.

El amor vino a mezclarse pronto en nuestros coloquios espirituales; todo el que lee aventuras eróticas ajenas, acaba por tenerlas propias. Yo, llegado de París, deseaba algo distinto, y me incliné hacia una catalana bella, rolliza, maternal, que se llamaba Clotilde y trabajaba en el café del almacén de "El Siglo". La esperaba todas las tardes en la Rambla y marchábamos cogidos de la mano, por las viejas calles medioevales, hacia la penumbra de los malecones.

Jaime prefirió una francesa, así como escogía loretas, cuando íbamos de farra por la Calle del Conde del Asalto. Tal afición le condujo a enamorarse de Georgette Castagnier, burguesita cuyos padres tenían un puesto de libros de segunda mano, cerca de la Catedral de Barcelona, bajo el rótulo pomposo de "Librería religiosa y clásica".

La francesita era una muchacha llena de prejuicios sociales, religiosos y políticos. Creció y se educó pensando, como sus padres, en el fracaso de la Tercera República y en el regreso de los Borbones. El idilio estuvo en un triz de convertirse en tragedia, porque Georgette capturó a Jaime una carta de su novia de Bucaramanga, y se dió cuenta entonces de lo poco que significaba para el colombiano. Apuró un veneno, como una *midinette* desilusionada. Afortunadamente la intervención oportuna del médico de la familia, logró salvarla.

¿Qué fué a hacer Barrera Parra a Barcelona?

Esa pregunta me la han formulado muchos amigos que conocen el cariño fraternal que me ligó al delicioso escritor, prematuramente desaparecido. A ella respondo, sin mordacidad: fué a aprender *jabonería*. Casi todas las mañanas nos separábamos cabe la estatua del Dr. Robert: yo me dirigía hacia la Universidad, que estaba al frente, y él tomaba allí un tranvía, rumbo a desconocida fábrica.

Ignoro, si cuando regresó a Bucaramanga, intentó como un Lemaitre de antaño, pedirle a los jabones el jugo económico que no le daría nunca el periodismo, porque una vez que dejó a Barcelona, con su austero padre, don Antonio Barrera, no volví a saber nada de él directamente, sino que hube de conformarme con leer en periódicos y revistas colombianas algunas de sus lindas crónicas, en que a veces evocaba los churros, los claveles de las Ramblas o el olor penetrante de los mariscos de la playa del Astillero.

Estos versos

(En *Rep. Amer.*)

VOZ ETERNA

Lentamente, caen las mustias hojas
enarbolando suspiros,
en los plácidos senderos,
junto a riachuelos blancos,
¡de tanto gritar!...
junto a calladas piedras
¡somnolientas de tiempo y quietud!
A lo lejos, el césped florido en verdor,
susurra su canto de amor eterno,
junto a indígenas itabos,
que desafiantes lanzan sus flores y hojas
a vientos y a espacio.

Más allá, alineados,
corren presurosos manzanos;
por callejones sombríos,
entre cantarina hojarasca,
entre césped y maleza...

Sube dulce voz
de cantos eternos y divinos,
¡como el alma del *Creador!*
Quietud que llena ambiente,
plegaria divina, desplegada
al tiempo y al espacio.

NAUFRAGIO

Soledad en el recuerdo: cauce verde
en la playa de suaves sonoridades;
arena perdida en la curva del viento;
canción de agua lejana, buscando...
¡Ecos de voces quebradas en lejanía!

Desnuda en el espacio, eco y palabra
se pierden en la surgida soledad,
en la tristeza de las horas muertas,
¡alma perdida en tu nombre!
En tu nombre abandonado en lejano silencio.

¡Nada importa ya!...
en la blanca estela del mar,
eterno de voces, la soledad es quietud
en el paisaje de *naufragio*.
...¡Corazón perdido!...
en la estela de sombras y recuerdo.

Ruth Ligia BRICEÑO CARRILLO.

Agosto de 1950.

Se trata de "Kerylos"

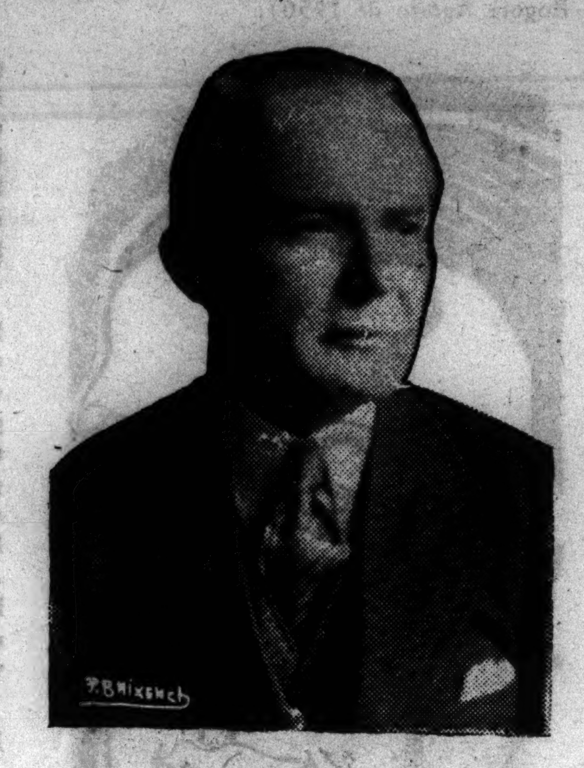
(Es un recorte de *El Tiempo* de Bogotá. Setiembre 15 de 1950).

Al sentirse llegar a aquella edad que los filósofos antiguos consideraban como término de la actividad irreflexiva y comienzo de la verdadera vida, que es la de la pacificación y la meditación, Cornelio Hispano ha pasado revista a los mejores recuerdos de su camino de hombre y de poeta, y nos los ofrece en la más plena, límpida y jugosa prosa que pueda escribirse en castellano. Es éste un libro luminosamente impregnado de paganismo; y por ese carácter de íntima y jubilosa madurez sentimental aparece más orgánico que varias de de las mejores páginas de Guillermo Valencia y de Silvio Villegas, paganos también, pero activamente interesados en la política colombiana. Sólo Max Grillo, Víctor Londoño y Rafael Maya han compartido, al través de toda nuestra historia literaria, con Cornelio Hispano esa devoción congénita, integral, sin alarde ni desfallecimiento, al ideal de la belleza clásica.

La vida de Cornelio Hispano, tal como aparece de este volumen, no es rica en peripecias patéticas. Sus conciudadanos lo han visto vivir burguesamente, como cualquiera otro de ellos, ya desempeñando empleos consulares, ya ejerciendo sin sobrado renombre la profesión de abogado pleitista, ya cuidando con diligencia de los propios intereses pecuniarios, ya como frecuentador de ambientes diplomáticos y de los lugares públicos en donde se toma té y se baila pacíficamente. Pero él se ha visto vivir de otra manera. Se ha visto vivir por dentro y en la intimidad, como que es él mismo quien ha vivido su vida, y quien de su vida de adentro, y no de su vida de afuera, ha sacado su extensa, varia y célebre obra literaria. De donde ha sacado particularmente este libro, que es como el itinerario de su actividad espiritual, y que tiene un valor de obra definitiva.

Anota Hispano aquí las circunstancias y las emociones que sugirieron sus libros, sus poemas, sus indagaciones históricas, sus travesías por diferentes comarcas de la cultura. Las impresiones de su valle y de su casa nativos, del ambiente familiar, de las leyendas circundantes, la atmósfera de su infancia y de su adolescencia. Las mujeres que ha amado y que ha admirado al través de los años, evocadas en aquellos momentos fugaces de disposición espiritual que sintetizan y quintaesencian toda una larga historia en el recuerdo. Las más sugestivas cosas vistas, la noche de París, el mar de Capri, el oro cálido de las ruinas de la Acrópolis recortado sobre el azul intenso de una tarde de Atenas. Los pasajes más inolvidables de los libros más bellos. Los hombres más ilustres y las damas más prestigiosas con quienes vino en contacto. La conmoción sentimental que en los sitios históricos le hizo evocar la hazaña y la gloria de los héroes.

Más elaborada por más culta, ésta también, como la de Francis Jammes, una "letanía de los bellos recuerdos". Jammes daba gracias a la vida por la sombra del árbol, por el sorbo de agua, por el apretón de manos, por el oportuno silencio, por la palabra generosa. El laude de Hispano abraza sensaciones menos elementales, pero no menos hondas y memorables. ¿Quién que haya visto un día la Venus de Cirene no habrá de conservar ese instante



Cornelio Hispano en Bogotá (en abril de 1949) cuando publicó *Kerylos. Laudes de la Belleza y del Amor.*

en su memoria con la gratitud al universo con que se rememora la fuente de agua virgen en mitad del asolado camino? Pero el agradecimiento que hace Hispano del dón de vivir, no es simplemente episódico, sino que constituye una filosofía de la existencia. El tiene una predisposición interna apta a la receptividad consciente de la belleza y de la verdad del universo; y su libro, este libro que explica y resume su entera obra literaria, es por ello un extraño y fascinante espectáculo. En esta edad nuestra del sobresalto y de la angustia; en esta edad que ha tenido que inventar para su propio uso una filosofía —la filosofía de la angustia— para tratar de explicarse algo del mundo; en esta edad que ha suscitado entre nosotros dos poetas tan desgarradores y representativos como Porfirio Barba Jacob y Víctor Amaya González, no dejará de ser aleccionadora, al menos como punto de referencia, la obra esplendorosamente pagana y dionisíaca de Cornelio Hispano, que se exprime y concentra en *Kerylos.*

Y luego, ¡qué prosa la de Hispano! Ella es áurea, límpida, cálida, como el champaña que rebosa de los vasos colmados. Aparecería que ciertos particulares de este libro debieran omitirse, en cuanto denotan un asomo de pequeña vanidad pueril o provinciana: la mención de los cargos que ha ocupado, distinciones que ha merecido, elogios que le fueron tributados, fiestas de sociedad a las que fué invitado. Pero sucede que el libro se refiere a su vida, y es un acto de agradecimiento por su vida, y no importan las circunstancias más o menos fastuosas de la vida, con tal de que el ánimo las reciba y estime como un dón de la vida. Es la filosofía, la filosofía epicúrea, la filosofía como manera de ser agradecido, lo que hinche de belleza serena y madura aquella prosa insigne. Véase en la siguiente profesión de fe cómo espíritu y forma se integran en el libro de Hispano para darnos la sensación de la "sophrosine" helénica o sea el descanso del alma en la inmortal belleza:

"En armonía con mi temperamento, estudios, viajes, predilecciones de la inteligencia y del corazón, adoro la santa naturaleza, que debe ser nuestro último amor, porque, cuando todos los placeres nos dejan y hasta las ilusiones pasan, sólo ella nos consuela de todo y nos rejuvenece. Y, con la naturaleza, que los antiguos no se contentaban con pintar, pues siempre unían la pasión a la verdad, amo sus mejores dádivas: las bellas mujeres; los cuadros en que los maestros la interpretaron tan fielmente. Amo los puros mármoles del más glorioso siglo, las ideas más altas, los más libres pensamientos; todas las alegrías y dulzuras de la vida: la poesía que la magnifica y el amor que la diviniza".

Juan LOZANO y LOZANO.

Quién era Bernardina Ibáñez

Por *Cornelio HISPANO*

(En *El Tiempo* de Bogotá, Agosto 1º de 1950).

En pasada edición de *El Tiempo*, y con ocasión de un artículo del doctor Jorge Asaf sobre Bernardina Ibáñez, publicado en la *Revista de América*, el director de *El Tiempo* escribió: "Cornelio Hispano pudiera decirnos, a propósito de este pleito histórico-literario entre el señor Naranjo y el señor Asaf, la última palabra". En el "Suplemente Literario" de *El Tiempo* se publicó una nueva carta del señor Naranjo sobre el mismo tema y a esas publicaciones me refiero.

Ante todo, debo agradecer al señor director de *El Tiempo* que me haya proporcionado la ocasión de rendir un recuerdo cariñoso a mi inolvidable amigo, desde los claustros de la Universidad de Popayán, hasta los últimos días de su vida en Nueva York, Genaro Payán. A fines de 1924 publicó la casa Ollendorff, de París, la primera edición de mi *Historia secreta de Bolívar*. Uno de los primeros ejemplares de ese libro lo envié a Genaro Payán, a Liverpool, donde desempeñaba el consulado general de Colombia. El 9 de mayo del año siguiente, 1925, salió Genaro, en compañía de Rafael Rodríguez Altunaga, ministro de Cuba, a recibirme en la estación Victoria de Londres, y después de saludarnos, entre otras cosas, me dijo: "Te tengo una sorpresa, una carta de Bolívar para Bernardina Ibáñez, de la que tú hablas en la *Historia secreta de Bolívar;* se encontró el original en una librería de viejo de "Changing Cross", donde tú compraste en tu primera visita a Londres, algunos libros para tu viaje a Italia y Grecia; la carta la publicó un diario de Londres y te guardé el recorte". Cuando en 1922 publiqué en Bogotá *Bolívar y la Posteridad*, inserté, en las últimas páginas, como Apéndice, varios documentos y cartas de amores de Bolívar que no alcanzaron a salir en la primera edición de la

Un notable libro de Jaim Weizmann

(En *Rep. Amer.*)

El género biográfico ha gozado siempre de especial estimación en todos los tiempos. Con preferencia a las historias que presentan en amplios murales los acontecimientos de mayor importancia, conduciéndonos en seguida a las abstracciones de la filosofía, el relato de la vida de un personaje, que refleja o compendia el perfil de una época, nos seduce por su sabor anecdótico y cálida condición humana.

Acaba de publicarse una excelente autobiografía que su autor, el sabio Dr. Jaim Weizmann, primer Presidente del Estado de Israel, ha titulado, según el original en inglés, *Trial and Error*. Dada la vigorosa personalidad del insigne estadista, luz y gloria de la ciencia contemporánea, y su íntima vinculación con el sionismo, a cuyos ideales ha consagrado en su larga existencia la flor de sus talentos y de sus energías, el libro reviste un valor excepcional y un duplicado interés.

Por el riquísimo conjunto de hombres y sucesos que desfilan por sus páginas, enjuiciados unos y otros en forma objetiva y serena, así como por el estilo sencillo y fluente de la narración, emparenta por derecho propio con las obras clásicas de la literatura universal en esta materia, desde las inmortales de Plutarco y Suetonio, a las *Confesiones* de San Agustín, *El libro de los claros varones de Castilla* de Hernando del Pulgar, o las *Generaciones, semblanzas y obras* de Fernán de Guzmán, pasando por las admirables *Memorias* de Saint Simón y las *Confesiones* de Rousseau, a las modernas biografías de Stefan Zweig y André Maurois, Miguel de Unamuno y José Vasconcelos.

Sería imposible hacer un breve ensayo, una síntesis de esta producción, que principiando en el despertar oscuro y triste de un niño judío, va registrando paso a paso sus hondos afanes por la liberación de su pueblo y por su personal superación, hasta culminar, tras un dilatado camino de sacrificios, sufrimientos y esfuerzos, en su deslumbrante ascensión a la Presidencia de su patria, en uno de los momentos más graves y difíciles de que



Chaim Weizmann

*

se tiene memoria. Séame, sin embargo, permitido, por vía de anticipación a su íntegra lectura, glosar algunos de sus párrafos más sugestivos y deleitosos.

"El pueblecito donde nací, Motol, nos dice, se levanta (y quizá todavía exista) sobre la ribera de un pequeño río en la gran zona pantanosa que ocupa parte de la provincia de Minsk y los Estados adyacentes de la Rusia Blanca. Era un país llano, abierto, triste y monótono; pero con sus ríos, sus bosques y sus lagos, no dejaba de ser pintoresco. Entre los ríos, el terreno era arenoso y estaba cubierto de hojas. En la primavera y el otoño la región era un mar de lodo; en el invierno, un mundo de hielo y nieve; en el verano se hallaba cubierto por una neblina polvorienta. Por todas partes, en cientos de pueblos y aldeas vivían los judíos, tal como habían vivido durante muchas generaciones, como islas diseminadas en un océano de gentiles; y, entre ellos, mi propia gente, los parientes de mis padres, constituían un grupo numeroso.

"Motol se hallaba situado en uno de los más oscuros y desamparados rincones del distrito judío, era prisión creada por la Rusia zarista para la mayor parte de su población israelita. Allí, en ese lugar, medio pueblo, medio aldea, viví desde mi nacimiento, en 1874, hasta la edad de once años, y allí forjé mi primera idea sobre el judío y el mundo de los gentiles. Como casi todos los niños israelitas fuí al *jéder* (colegio), a partir de los cuatro años. Como casi todos los jéder, el mío era una modestísima construcción de una sola habitación, que también constituía el único aposento donde vivía el maestro con su familia".

Y después de contar sus experiencias escolares con maestros casi siempre exigentes e incomprensivos, nos habla de su temprano amor por los Profetas, la Biblia y en general por la literatura hebrea, arrojando una suave mirada retrospectiva sobre su familia: "Nuestro presupuesto anual era rara vez mayor a quinientos o seiscientos rublos (1,250 a 1,500 pesos) en total. Con ese presupuesto había que vestir, calzar y alimentar a una docena de niños, y darles una educación tolerablemente buena, tomando en cuenta nuestra situación. Mi padre cortaba y transportaba la madera llevándola a flote hasta Danzig. Era una labor complicada y descorazonadora.

"En mi primera infancia las ideas y aspi-

Historia secreta de Bolívar, en prensa en París en aquel tiempo, y esos documentos y cartas, con la de Bolívar a Bernardina Ibáñez, sólo aparecieron en la segunda edición de esa obra publicada por la Librería Colombiana, en Bogotá, en 1944. He aquí el capítulo sobre Bernardina Ibáñez en la *Historia secreta de Bolívar*, que no es sino ampliación del capítulo XII de la primera edición de la misma obra:

Un respetable caballero de Caracas posee un autógrafo precioso, que pocas personas han visto. Se trata de unos versos de puño y letra del Libertador, escritos pocos días después de su entrada a Santafé y dirigidos al coronel Ambrosio Plaza, preferido de Bernardina Ibáñez, en rivalidad con el mismo Bolívar. Por escrúpulos baladíes mantiene inéditos, y en reserva, estos versos el caballero, descendiente de Plaza, que los posee.

Buscando, sin éxito, documentos para sacar a la luz la figura de esta bogotana, he hallado en las *Crónicas de Bogotá*, de Pedro M. Ibáñez, la nueva de que, efectivamente, Bernardina Ibáñez fué una de las señoritas, vestidas de blanco, que agasajaron y coronaron de rosas al Libertador en su entrada a la capital, después de la batalla de Boyacá, y ya hemos visto, y en más ocasiones veremos, que estas niñas blancas solían ser la debilidad de Bolívar.

Santander escribe a Bolívar el 17 de octubre de 1819: "Plaza se quiere casar con B... está loco y desesperado, me ha pedido licencia y se la he negado, porque creo que es usted el que debe darla. Me interesa que se la consiga, y con este objeto escribo sobre tal negocio. En caso de que se casara, bien podría Plaza, en todo evento, servir por estas provincias, aun cuando fuera preciso su batallón por otra parte. Usted lo verá, mi general, y no haga desesperar a la pobre B..., que de algo se ha de ocupar".

A lo cual contestó Bolívar, de Pamplona, el 8 de noviembre: "Con que Plaza se casa o se ha casado. Bueno, usted se alegrará, porque se aumenta el número de los granadinos. Yo también, porque amo a los jóvenes consortes". Más tarde, el 1º de agosto de 1820, el Libertador escribe de Cúcuta a Santander: "Dígale muchas cosas a Bernardina, y que estoy cansado de escribirle sin respuesta. Dígale usted que yo también soy soltero, y que gusto de ella aun más que Plaza, pues que nunca le he sido infiel".

Acorde con estas cartas está el "Diario" que de aquellos días nos dejó el general Joaquín Acosta. Después de hablarnos de la entrada triunfal de Bolívar a la capital, tras la derrota del ejército español de Boyacá, agrega: "Bolívar es muy popular entre las muchachas; pero él sólo le hace fiestas a B. I."

Ambrosio Plaza murió heroicamente, dos años después, en la batalla de Carabobo. Bernardina Ibáñez, llamada en París "la belle granadine", fué, andando el tiempo, esposa legítima del doctor Florentino González, ilustre colombiano, frenético admirador de Bolívar, primero, y después, uno de los más audaces conjurados de la noche septembrina y enemigo del Libertador hasta su muerte, ocurrida en Buenos Aires, donde, tras larga odisea, había ido a buscar fortuna, y donde, lo mismo que en Chile, cumplió una misión educacionista semejante a la de don Andrés Bello.

Recientemente se encontró en una librería de viejo de Londres esta carta inédita y autógrafa del Libertador para Bernardina Ibáñez:

"Para la melindrosa y más que melindrosa bella Bernardina.

Caly 5 de enero.

Mi adorada B... lo que puede el amor!!! No pienso más qe. en ti y en cuanto tiene re-

raciones sionistas reinaban ya en el ambiente judío. Mi padre no era todavía sionista, pero mi casa estaba impregnada en la rica tradición judía y Palestina estaba en el centro del ritual, como un anhelo vehemente implícito en nuestra vida. El nacionalismo práctico no tomó forma hasta algunos años más tarde, pero el "retorno" se hallaba en el aire, vago y arraigado mesianismo, esperanza que no moriría. Oíamos las conversaciones de nuestros mayores y nos sentíamos arrebatados por su inquietud.

"Mi madre era maravillosamente buena; la clase de persona a quien los vecinos recurren en momentos de dificultad. Aun en las épocas difíciles se mostraba alegre y optimista. Solía decir: "Ocurra lo que ocurra, estaré bien. Si Shemuel (su hijo revolucionario) tiene razón, viviremos felices en Rusia; y si Jaim (yo) tiene razón, iremos todos a vivir a Palestina. No quiero decir quién tenía razón, pero ella pasó sus últimos años muy feliz en Palestina, con la mayor parte de su familia. Pero eso fué mucho después".

Adviene un cambio fundamental en su vida: su traslado a Pinks, para asistir a una escuela rusa, en 1886. Y un cataclismo social. "La atmósfera de la vida hebrea estaba densa en desastres. Habían ocurrido los horribles "progroms" en 1881, que conmovieron hasta sus cimientos a todo el mundo judío. Entre mis recuerdos tengo memoria de la frenética huída de la prisión del distrito judío, la enorme marea de la migración que arrastraba a cientos de miles de israelitas de sus antiguos hogares a las lejanas tierras de más allá de los mares. En mi niñez y juventud fuí testigo de la evacuación de pueblos y aldeas enteros.

"Había una descollante excepción entre mis profesores. Un hombre llamado Kornienko, a quien muy posiblemente le debo lo que he logrado en el camino de la ciencia. Era un químico con un verdadero amor por su especialidad, y de considerable reputación de todo el mundo. Fué quien me impulsó al estudio de la química".

Y entreveradas con las labores de estudiante, las primeras iniciaciones en el balbuciente movimiento sionista. A los dieciocho años, se gradúa en el Real-gimnasio de Pinks. Parte hacia Occidente. Enseña hebreo y ruso en la aldea de Pfungstadf, a menos de una hora de tren de Darmstadt. Tiene contacto con los judíos asimilacionistas, y con el antisemitismo que predominaba profundamente en la Alemania de aquella época; "un antisemitismo pesado, sólido, pedante y mucho más mortal, a la larga, que el de las turbas de las ciudades rusas". Vuelve a Pinks, donde realiza su primer trabajo químico. Más tarde, Berlín. La Universidad. Los maravillosos conciertos del ciclo de Beethoven. Amistad con Asher Ginsburg, "el más conspicuo pensador y estilista hebreo de su generación", opinante de que "el sionismo era el renacimiento judío en el sentido espiritual".

Un momento crucial. "Hacía casi dos años que me hallaba en Berlín, cuando en 1896, Theodore Herzl publicó su opúsculo: *El Estado Judío*. Fué un pronunciamiento que cayó como un rayo de un cielo claro. Lo vi por primera vez en el Segundo Congreso, de Basilea, durante el verano de 1898, y me pareció imponente". Hace un agudo análisis de las teorías de Herzl, y escribe: "El sionismo era para mí algo orgánico, que debía crecer como una planta a la que había que vigilar, regar y nutrir para que llegara a la madurez. No creía que las cosas pudieran hacerse de prisa. Los sionistas rusos habían adoptado como lema un dicho de los sabios hebreos: "Lo que no puede hacer la inteligencia lo hará el tiempo" (es decir, el trabajo, la aplicación, la preocupación). Conoce a Max Nordau, "otro de los conspicuos líderes de los comienzos del sionismo". Un invento químico que acaba de realizar lo lleva clandestinamente a Moscú, donde no puede venderlo, cosa que logra más tarde en París. Y va a Suiza, donde ve a Lenin, Plejanov y Trotzky. Pasa cuatro años en Ginebra, doctorándose con una tesis basada en las investigaciones sobre colorantes. Se casa con Vera Chatzman.

"A comienzos de 1903, nos dice, trabajaba arduamente tanto en la química como en el sionismo. Pasaba largos días, y en ocasiones, noches enteras, en el laboratorio, empeñado en una investigación que era interesante en sí misma y al propio timpo prometía (promesa que se cumplió) nuevas perspectivas a la química". Interrumpiendo sus trabajos científicos, vuelve a Rusia, verificando una jira por las comunidades judías. Los horrores del progrom de Kishinev. Se dirige a la Gran Bretaña. El 4 de julio de 1904, Herzl, había fallecido en Viena.

Se establece en Manchester, consagrándose a sus investigaciones. Da clases en inglés. Los capítulos que dedica a reseñar esta etapa de sus actividades son singularmente cautivadores. Nos plantea el conflicto entre ciencia y sionismo. Pinta vivamente su primera entrevista con Arthur James Balfour. "Hice hincapié, escribe, en la parte espiritual del sionismo; señalé que sólo una profunda convicción religiosa expresada en términos políticos modernos, podría mantener vivo el movimiento y que esa convicción debía estar basada en Palestina, y sólo en ella. Palestina tenía un atractivo mágico y romántico para los israelitas; nuestra historia había sido lo que era, sólo por nuestro tenaz aferramiento a Palestina. Nunca habíamos aceptado la derrota, y no habíamos olvidado jamás la Tierra Prometida. De pronto dije: —Señor Balfour, suponga usted que yo le ofreciera París en lugar de Londres. ¿Lo aceptaría? Se enderezó en la silla, me miró y replicó: —Pero, doctor Weizmann, nosotros tenemos Londres. —Es verdad, dije,

lación con tus atractivos. Lo qe. veo, no es más qe. la imagen de lo qe. imagino. Tú eres sola en el mundo pa. mi. Tú, ángel celeste, sola animas mis sentidos y deseos más vivos. Por tí espero tener aún dicha y placer, porqe. en ti está lo qe. yo anhelo.

Después de todas éstas y otras muchas cosas qe. no digo pr. modestia y discreción, no pienses qe. no te amo.

No me acuses más de indiferente y poco tierno. Ya ves qe. la distancia y el tiempo sólo se convinan para poner en mayor grado las deliciosas sensaciones de tus recuerdos. Es justo no culparme más con tus vanas sospechas. Piensa sólo en lo qe. no puedes negar de mi pasión y constancia eterna.

Escríbeme mucho; ya estoy cansado de hacerlo yo y tú Ingrata no me escribes!!! Haslo, o renuncio a este delicioso alivio.

A Dios tu

Enamorado".

Esta apasionada carta demuestra que fueron muchas las que se escribieron los amantes, enardecidos por la ausencia. Infortunadamente, para las historiadores de Bolívar, un pariente de Bernardina, don Pedro María Ibáñez, vivió la mayor parte de su vida en los archivos públicos y privados de Bogotá, donde debió buscar y encontrar ardientes cartas de amor de Bolívar y de su tía abuela, que con seguridad destruyó, pues era muy celoso de su nombre. También de don Miguel Antonio Caro fué tía abuela Bernardina, por ser su hermana Nicolasa esposa de don Antonio José Caro, abuelo paterno de don Miguel Antonio. Don Miguel Ibáñez, prócer de la Independencia, fué "padre de varias hijas de renombrada hermosura, una de ellas Nicolasa", etc., dice doña Margarita Holguín y Caro, en su folleto *Los Caros en Colombia*, 1942. En mis años de estudiante en Bogotá conocí a una joven muy simpática y culta, educada, como las de mejores familias bogotanas, en el convento de La Enseñanza. Era hermana de Pedro María Ibáñez; murió en su juventud, en 1905 o 1906 y se llamaba Elvira Ibáñez Tovar.

———

Hasta aquí la *Historia secreta de Bolívar* y el capítulo sobre Bernardina Ibáñez. No conozco el libro *Puntadas de Historia*, de que habla el señor Naranjo.

Julio. 1950.

pero nosotros teníamos a Jerusalem, cuando Londres era un pantano".

Las memorias prosiguen en tono vivaz y ameno, dibujando personas y acontecimientos con fino sentido político, justo criterio, y a la vez, sano humorismo. El Dr. Weizmann cuenta los episodios más salientes de su fecunda existencia, con ejemplar sencillez. Así, nos habla de la creación de la Universidad Hebrea, propuesta por el Prof. Herman Shapiro, de Heidelberg; de los principios de la Guerra de 1914; su aislamiento en Suiza, y regreso a Manchester; la formación de un Frente Judío Unido sobre el problema de Palestina; su entrevista con Churchill, para la fabricación en grande escala de acetona; la declaración Balfour, su significación y alcance, complicaciones que le siguieron y los turbios días de la post-guerra.

Viene su visita a los Estados Unidos. La profunda escisión, en 1921, en el sionismo norteamericano. Los comienzos de la colonización en Palestina. El "Mandato" de la Liga de las Naciones. Los disturbios de 1929. El Congreso Sionista de 1931. El Libro Blanco de 1937. La segunda Guerra Mundial y, al servicio de la causa aliada, su labor admirable en la producción de nafta, tolueno y otros productos derivados. Deseo de Roosevelt para que se traslade a Estados Unidos, a fin de trabajar en el problema de la producción de caucho sintético. Una labor de gigantes. Y después, la paz con "sus grandes esperanzas y profundos desengaños".

Llegamos a los días actuales. Los últimos capítulos de la obra estudian con lucidez sorprendente acontecimientos que nos ha tocado vivir intensamente. El traspaso del problema de Palestina a las Naciones Unidas, y su histórica decisión del 29 de noviembre de 1947. La proclamación del Estado de Israel, que surge después de dos mil años. Y su designación como Presidente del mismo.

Y el libro se cierra con honda fe en los destinos del nuevo Estado, cuya crónica "apenas comienza".

Lic. Alfonso Francisco MARTINEZ.

México, D. F. 1950.

Señas: Guillermo Prieto 55.



QUÉ HORA ES ...?

Lecturas para maestros: Nuevos hechos, nuevas ideas, sugestiones, incitaciones, perspectivas y rumbos, noticias, revisiones, antipedagogía.

La educación de la viveza

Por *Felipe MASSIANI*

(En *El Nacional* de Caracas. Diciembre 20 de 1949).

La educación venezolana en su empresa de actualizar las virtualidades del alma nacional y orientarlas hacia el desarrollo de una personalidad humana rica y enérgica, habrá de explorar y examinar y luego tomar cada vez más en cuenta nuestros rasgos psicológicos, nuestra fisonomía colectiva. De allí la importancia de aclarar y fijar para su detenido estudio algunas por lo menos de las características que hasta ahora se han venido señalando como constantes del espíritu venezolano.

A nosotros sólo nos interesa ahora detenernos en algunos aspectos de la psicología nacional que guardan directa relación con la *viveza*. Por el momento en lo que primero pensamos es en el llamado "individualismo", noción que ha de ser aceptada provisionalmente con la significación que se le da.

El venezolano al reflexionar sobre el individualismo acude para objetivar o concretar la idea a esos dos arquetipos populares que son el "cobija y colcha" y el guerrillero. Son tipos específicos en efecto explicables en Venezuela por la geografía y la organización social de años pasados. El hombre solo, rasgo cardinal de la mitad de la vida social en un continente semidesierto lo encontramos en todas partes de América. Creemos que ya desde el aborigen la geografía estuvo imponiendo la dispersión en la lucha para hacerlo mejor. Eso aclararía al guerrillero. Luego, la escasa división del trabajo, también la tosca o elemental diferenciación social de una sociedad aún en trance de crecimiento y superación —de obtener madurez y progreso— daría como producto al "cobija y colcha".

Es el pueblo el que ha hallado la fórmula expresiva: "cobija y colcha". Con ella quiere nombrar al andariego de la docena de oficios y habilidades cuya arrogancia le lleva de pueblo en pueblo errando de una a otra pequeña ciudad. En un pueblo pinta la muestra de un restorán; en otra aldea su guitarrita completa la orquesta improvisada; su arte de latonero, por fin, le detiene algunos días en el caserío rural.

El guerrillero y el cobija y colcha serían a nuestro modo de ver dos frutos en agraz de una cultura todavía a mitad de camino, en pleno conocimiento. Porque los dos serían el proceso incumplido, el aprendizaje incompleto. Los dos intentos superficiales. Ni el guerrillero en efecto ahondaría la ciencia de la guerra ni el improvisado de todos los menesteres y faenas adquiriría la técnica completa de un oficio cualquiera.

Si de lo social nos vamos al plano psicológico hallamos así mismo algunas fallas o limitaciones del venezolano medio. En el proceso del razonamiento, en la formulación de los juicios por ejemplo. Los lógicos destacan la importancia que para la obtención de una exacta visión de la realidad tiene el que el espíritu se encuentre libre de aquello que proceda de causas extrañas al pensamiento puro —pasión, intereses, etc.— porque piensan que todo ello enturbia y deforma el juicio, el recto examen de un problema o de una realidad cualquiera. Pues bien, en Venezuela frecuentemente nuestro juicio está o cae bajo la presión de lo apasionado o de la simple simpatía o antipatía. Es decir, eso es lo normal; lo singular es que las cosas ocurran de otro modo. En la vida cotidiana, en cualquier oportunidad, opinamos sobre alguien; y no nos damos cuenta de que no poseemos suficiente información acerca de aquella persona para pronunciarnos. Decimos que no sirve para tal cargo o destino; y carecemos de noticias suficientes para calificar acerca de su insuficiencia; o no tenemos sino datos vagos no verificados por lo demás. En cambio, eso sí, bajo aquel juicio apresurado puede estar presionando una poderosa corriente de antipatía subconsciente.

En los diálogos en los que se oponen diversos puntos de vista u opiniones podemos observar esa clase de discusión que cae ya dentro de la línea del costumbrismo. Los que argumentan —si es que lo hacen— se desvían del objetivo teórico o abstracto, del verdadero punto de partida o interés real o genuino de la discusión en que se trata de ponerse de acuerdo sobre un hecho o verdad objetiva o acerca de la interpretación que se le debe dar a una idea. Dejando atrás todo aquello se van como se dice "acalorando" y ya lo que debiera ser sereno cambio de ideas se convierte en disputa y hasta en agresión con palabras. Esas y otras múltiples manifestaciones de la vida colectiva lo que mostraban claramente eran las derivaciones negativas de un estado de cosas —la Dictadura— operando en el terreno del pensamiento y del libre debate. En realidad lo que ocurría era que la gente había perdido la costumbre de ejercitar tranquilamente las facultades críticas del pensamiento. Y ello porque por años largos la actividad de la inteligencia analizadora o disidente estuvo bajo la acción de la vigilancia o la amenaza. En la Dictadura en efecto, una dimensión de la crítica, la política, no sólo estaba de hecho prohibida sino que era peligroso para el interesado ejercerla; y para todos aquellos que de alguna manera tuvieran relación con él. Es interesante anotar los límites a que aquello llegó. De allí que sostengamos que el relativo eclipse de las facultades críticas y su sereno ejercicio durante un período que sería fácil precisar, tiene raíces histórico-sociales. Del año de 1936 en adelante ese como frenético apetito y fruición de opinar sobre todos los temas y materias que acomete al venezolano es la prueba más elocuente de lo que sostenemos.

En la Dictadura se hizo lo posible, deliberada o indeliberadamente, porque las funciones de análisis y de crítica de la inteligencia venezolana llegasen a un estsado total de anemia o paralización. No obstante eso, el espíritu popular encontraba recursos para salvarse evadiéndose del cerco invisible del espionaje. El chiste, la caricatura verbal de algún prohombre político, la cursilería o la avaricia cómica de algún alto protagonista, resultaban el más vivo testimonio o demostración de que el travieso espíritu colectivo estaba aún viviente y alerta.

El esfuerzo del pensamiento creador o investigador se había retirado al recinto privado de lo individual; y ya desde luego resultaba poco probable que se derramase fecundante y orientador en forma de estudio, conferencia o artículo periodístico sobre las capas populares

o medias. La razón estaba en que una censura invisible cuyo dictamen podía surgir de cualquier rincón desconocido fulminaba en la sombra la creación artística o el trabajo de investigación científica, arrojando sobre ellos la sospecha de la intención revolucionaria.

Un interesante campo de documentación fué el mundo estudiantil por los años del 30 al 35 si queremos fijar alguna fecha. Allí en algunos sectores de estudiantes se podía verificar el proceso de detención del crecimiento cultural; de desviación de la cultura también.

Hubo por aquellos años un fenómeno sugestivo que recordarán perfectamente los educadores. En algún tiempo las estadísticas de inscripción del alumnado acusaron un gran volumen de interesados en las ciencias físicas y matemáticas y en las ciencias naturales. Esto que dentro de la interpretación puede hallársele su lado positivo lo tiene asimismo negativo a nuestro modo de ver, si se le contempla como una pieza o como un dato más a examinar dentro de ese proceso de estancamiento o de falta de salud de la cultura nacional en aquellos tiempos.

Si se hablaba con algunos estudiantes de los años mencionados y se les interrogaba acerca de su vocación, contestaban que su afluencia hacia las ciencias físico-matemáticas y naturales respondía hacia la orientación de sus esfuerzos hacia lo útil y concreto; más que hacia lo otro: es decir hacia aquellos estudios que estaban más cerca de lo abstracto y teórico y especulativo. Por eso se inscriben menos en las Humanidades.

No sé si nos equivocamos estimando que los estudiantes en cuestión padecían de un falso pragmatismo que resultaba como una proyección más de un proceso social defectuoso proyectándose en la esfera de lo cultural y científico.

Aquello demostraba entre otras cosas, el desconocimiento en que la mayoría de la gente venezolana se encontraba con respecto de las ciencias de la cultura. Por una gradual sumersión o eclipse temporal de la libertad creadora ciertos valores que se alimentan o se estimulan del espíritu colectivo en ejercicio habían ido perdiendo para la sensibilidad de las mayorías y hasta de las minorías semicultas su atracción; se habían descotizado y ya no irradiaban magnetismo alguno para la juventud. De aquí que la falta de interés por las Humanidades significaba un reflejo más del proceso social.

Examinadas las cosas desde otro ángulo, tal vez buena parte de aquella carencia de curiosidad o de entusaismo para ciertas materias, podía ser atribuída igualmente a la falta de una formación filosófica discreta; y de allí entonces también la abundancia de tipos cuya inteligencia era un verdadero fluir de ideas pero que carecían de sistema y organización mental. Por señalar lo anecdótico por vía de ejemplo, se presentaba así frecuentemente entre nosotros el imaginativo proyectista que se pasa las horas urdiendo empresas imposibles, o el orador fácil, verbalista cuyo discurso carece de consistencia o densidad alguna. A ambos les hacía falta una buena dosis de disciplina de pensamiento. Se sabe que esa clase de inteligencia deriva con facilidad hacia la conversación superficialmente brillante o la oratoria, como decimos, sin ideas. Luego es el hombre que puede realizar el pequeño esfuerzo que se requiere para el artículo volandero o el poemita intrascendente o inmaduro en el plano literario; pero y nada más.

El ingenio requiere plaza y corte como se dice. Nosotros con nuestro aplauso y nuestra complicidad para con el inteligente superficial o calculador, aunque en ocasiones de una elemental o ligera brillantez, favorecemos el cultivo de eso que creemos el "ingenioso". La agudeza liviana, la "frase", el "pronto" con aire cómico o gracioso requiere como decimos quien lo acate y en ocasiones hasta quien lo mime.

Maestras de México

Por *Carmen* VILCHIS BAZ

(En *Rep. Amer.*)

Alejadas, pese a los rumores, de toda agitación política, las trabajadoras de la enseñanza en la República Mexicana, se forman, ejercen, enferman y mueren, casi en el olvido.

Inician la práctica de su profesión, a temprana edad. Cuando los años florecen en la mujer, física y espiritualmente. Cuando se espera de la vida todo aquello que los demás consideran inalcanzable.

El ímpetu juvenil, exacerbado por la vocación y el instinto maternal, arrastra a las jóvenes maestras hacia la realización de un ideal.

Salen de las aulas con la cabeza llena de teorías y el corazón de sueños.., y su primer paso fuera de ellas puede llamarse sin temor al énfasis, el primero hacia un camino de martirio.

¿Por qué? A ello podrían responder cuantos conocen el magisterio, cuantos han militado en él con verdadera vocación y vivido sus problemas.

Es así como las jóvenes maestras empiezan en la lucha tremenda por conseguir empleo, con un nombramiento oficial, e ingresar al apostolado de la enseñanza.

Cada año es posible encontrar parvadas de nuevos maestros en los corredores de la Secretaría del ramo, mirando con ansiedad las listas de los que han sido designados. La selección hecha, justa y todo, no basta a resolver el enorme problema de los graduados.

Se colocan inmediatamente aquellos que han obtenido altos promedios de calificaciones en su carrera profesional y se atiende, para proceder con justicia, hasta las mínimas fracciones decimales, a fin de proporcionar la compensación inmediata a quienes más la merecen.

Aun así, son muchos los que quedan fuera. Los que no consiguen una plaza oficial al año siguiente de su graduación. Tienen que esperar los interinatos, las renuncias, los ceses si los hay.

Cuando han conseguido su nombramiento llegan a los grupos llenos de esperanza. Empiezan su trabajo con tesón, con cariñoso interés...

Sin embargo...

La lucha en el gremio magisterial es dura. Los maestros de primaria son, generalmente, amargados e irónicos, buenos y malos compañeros, como en todos los centros de trabajo. Pero hay algo característico, algo que sólo puede encontrarse en ellos, que sólo se comprende cuando pasan los años.

La vida de la maestra es casi triste. Cuando tiene compromisos y obligaciones, su situación se hace casi insostenible; cuando no, y vive sola, adquieren su vida y su persona modalidades únicas.

A fuerza de dar a los niños todo el sentimiento y la energía física (encontrando en ellos raras veces gratitud y comprensión) se van quedando exhaustas; y atadas siempre a un sueldo mínimo, acaban por resignarse a la mediocridad absoluta.

Las maestras de primaria, cuando no siguen estudios de "post graduados", se apagan a través de los años, casi inútilmente. Su vida social es raquítica, su medio cultural sufre el abandono de los demagogos gremiales, del desgaste, de la desesperanza...

Los años llegan siempre con caras nuevas, con miradas infantiles ávidas de saber. Para las maestras ¡qué ardua es la tarea, qué difícil hacer nacer en la propia alma, brotes nuevos...!

Cuando los años han pasado, lamentan el sacrificio del amor a su vida; de los mejores años, de los ideales: contemplan su miseria y dejan que el dolor de vivir haga lo demás...

En todo esto debería encontrarse reconocimiento y gratitud para las que, siendo maestras por vocación, llevan su cruz hasta el fin. Ellas han vivido más que otras mujeres; tal vez han amado más, pero no tienen cosecha. Han "dado" tanto o más de sí mismas, que algunas que sólo tuvieron que formar unos cuantos niños.

Su "maternidad espiritual" no alcanza monumentos. Cada período escolar pierden no uno sino muchos hijos, de esos que, al correr los años son por su ingratitud, intelectualmente hablando, los hijos de nadie...

Así se consuman sus vidas en el anonimato...

Elegía crepuscular

(En *Rep. Amer.*)

Dos árboles solos
en la plaza triangulada.
Dos árboles, sin cédula,
sin sensualidad,
sin palabras.
Sin esas lenguas de viento
—color amarillo nebuloso—
que gobiernan las arboledas castellanas.
Solos.
Huérfanos de hombres podadores
y de niños con navajas.
Frente a una iglesita
que dice misa a las seis de la mañana.
Solos.
Sin un hombre borracho
que les abrace y diga mojigangas.
Junto a nadie,
Solos.
Paciendo sobre el asfalto de la plaza.
Pero, a las doce,
se ha citado el círculo nocturno
en la plaza triangulada.
Quizá lleguen sombras
o la luna con sortijas plateadas.
Mas, no pasa nadie.
Ni a las doce,
Ni a las cinco de la mañana.
Ni a las seis
van las viejas a la iglesia
a enredar los dedos en agua.
No pasan campesinos,
ni caballos
ni carros con mulas pardas.
Sé, sin embargo, que los árboles tienen
nervios y violencias
y deseos de beber en la taberna
aguardiente de Cazalla.
Pero están solos,
con los nervios podridos
por el paroxismo de la calma.
Solos, sin nadie. Sin nada.

Manuel GUTIERREZ de la FUENTE.

Sevilla, España. 1950.

Ayer ... hoy ... mañana ...

(En *Rep. Amer.* Envío del autor, en Rivas, Nicaragua).

En un paisaje, azul de distancias...
vive un recuerdo, triste, de nostalgias.
Ingrimo pienso en aquellos días desolados
descarnados de tiempo y de melancolías;
de juveniles alegrías
y de viajantes sueños a tierras ignoradas.
¡Son cascadas de pureza íntima desgajadas de la ausencia!
Es la sana infancia que regresa de un viaje adolescente,
es como una cosa vieja, inútil, pero satisfactoria.
Hoy, en mi soledad, es una evocación a mis pasados años,
llega queriendo borrar angustias del presente
los amores presentidos que hoy bogan
y no precisamente,
en forma de apacibles corrientes.
Son sus transfiguraciones:
carcajadas violentas de pasiones prodigadas tristemente.
¡Y esto es lo que importa!
¿Dejar ir el presente?
Mentira, es imposible.
¿Regresar al pasado? Eso,
no curaría la gran incertidumbre que es la gloria.
Luego hay que vivir en inquietantes sombras de futuro
olvidando aquellos juegos "locuras de muchacho",
los regios cariños de la abuela,
y los castigos
en las tardes lejanas de la primera escuela,
Hemos crecido, y
se ha hecho viejo el tiempo.
Ayer, blancas interrogaciones.
Hoy, dudas y mixtificaciones.
Mañana, ¡qué alegría!
de nuevo hablaremos del pasado.

Gabriel URCUYO GALLEGOS.

En México el año 1948.

El nuevo hogar

(En *El Tiempo* de Bogotá. 12-VIII-48).

Todo está en crisis en estos tiempos. Y la crisis alcanza a la más antigua de nuestras instituciones sociales: la familia.

Que la familia decae, que los vínculos domésticos se relajan, que el hogar se apaga... es una lamentación que el lector habrá oído ya muchas veces. Pero ahora esa queja no proviene de los viejos, para quienes cualquiera tiempo pasado fué mejor. Brota de labios de los jóvenes. No son ya los padres los que deploran la decadencia de la familia: son los hijos. No se plantea el problema desde un punto de vista conservador, tradicionalista, sino con un sentido futurista, con un espíritu renovador y casi revolucionario.

Un tipo del hombre "moderno" es Eduardo Lindeman, profesor de la Escuela Universitaria de Trabajo Social, en Nueva York, y especialista en el estudio de la actual vida americana. El nos cuenta, en un interesante artículo de la revista *Survey Graphic*, cómo ha discutido extensamente sobre ese tema de la familia con jóvenes de diversos grupos y distintos lugares, con alumnos de universidades y colegios, con los más variados auditorios y las más diferentes colectividades.

Más de una vez, en el curso de estos libres debates, un muchacho, "veterano" de la guerra, se ha levantado para interrogar con voz sombría: "Profesor Lindeman, ¿qué posibilidades tiene realmente nuestra generación, en un mundo como éste, de constituir honradas y sólidas familias?"

Estudiantes de las escuelas superiores, preguntados acerca de los más urgentes problemas de América, no han dudado en responder que el primero de su lista sería este: "Una vida de familia mejor". Sí. Es hoy la juventud, y la juventud de un país a su vez joven como los Estados Unidos, la que, según Eduardo Lindeman, busca ansiosamente la manera de crear un hogar mejor que el que crearon sus padres.

No se trata de restaurar el hogar antiguo. El mundo cambia, el mundo marcha, mejor o peor; el tiempo no es reversible; no vuelve el pasado, y toda restauración es un sueño condenado al fracaso. O, visto de otro modo: toda positiva restauración es, en el fondo, una revolución. Cabalmente la crisis de la familia nace en nuestros días de la dificultad de adaptar esa institución venerablemente antigua a las nuevas condiciones de una sociedad inquietantemente moderna.

Para remediar la crisis hay que empezar por conocerla en toda su profunda gravedad. El profesor Lindeman pasa revista a los actuales "enemigos" de la familia: movilidad, debida a los nuevos medios de locomoción; inseguridad económica; escasez de viviendas, esa paradoja de que en la nación más rica del mundo no haya habitaciones suficientes para albergar a sus ciudadanos; cambios de orientación respecto a la vida sexual; anticuados e inadecuados servicios de ayuda y beneficencia para las familias en situación apurada; disminución del sentimiento religioso; guerra y miedo a la guerra, y, sobre todo, una civilización aceleradamente industrial, en la que todavía no sabemos cómo organizar y sostener familias sólidas.

Una "familia sólida", un hogar basado en una firmeza de roca en medio del vaivén de la vida actual y las oleadas de nuestro tiempo, he ahí un ideal difícil pero atrayente por su misma dificultad.

¿Qué es lo que constituye la verdadera solidez de la familia? No estudia el profesor neoyorquino el aspecto externo y, por decirlo así, "mecánico" del problema, sino el interno y "orgánico". Por eso no cita estadísticas, ni toca cuestiones jurídicas, ni habla de separaciones y divorcios. Una familia no está unida por el simple hecho de que sus miembros

vivan juntos. Cuando se llega a la separación o al divorcio, es porque, ya antes, el matrimonio estaba moralmente deshecho y la familia íntimamente desintegrada.

Señala, en cambio, Mr. Lindeman, ciertos puntos fundamentales para la interior solidez de un hogar moderno. Citemos algunos. En primer término, una clara y neta división del trabajo entre los miembros de la comunidad familiar. Cosa no fácil en las grandes ciudades, cuando el padre, y a veces también la madre, tienen sus ocupaciones lejos de la casa.

Segundo punto: en una sólida familia moderna, lo mismo que en un sólido Estado democrático, el presupuesto de la colectividad, sus ingresos y sus gastos, deben tramitarse a plena luz con conocimiento de todos los miembros adultos. Ingresos secretos, gastos clandestinos, destruyen la confianza recíproca.

Otra cuestión, relacionada con ésta, es la de no confundir la unidad con la uniformidad. En una familia conviven personas muy diversas, varones y mujeres, viejos y jóvenes. Todos han de sentirse concordes, pero todos libres. La unidad sostiene a la familia, la uniformidad la asfixia. Como hay dictadores en el Estado, hay también padres de familia que implantan en el hogar un régimen totalitario. Ese hogar entonces es más débil por dentro cuanto más fuerte parece, visto desde fuera.

La unidad de la familia ha de ser conscientemente cultivada. No excluye las discusiones ni las críticas entre sus miembros. Un ambiente general de buen humor, propicio a la espontaneidad y a la confianza, contribuye a mantener la solidez del hogar.

Pero, por otra parte, la familia moderna, si ha de ser sólida, ha de estar preparada para la tragedia. De lo contrario, a la primera catástrofe —una súbita muerte, por ejemplo— la familia aparece desintegrada e inconsistente. La vida no es siempre amena, no es siempre frívola. Como los antiguos griegos, debemos estar dispuestos a verla aparecer un día con la máscara de la tragedia.

Muy bien. Valioso es el esfuerzo del profesor Lindeman, y también el de sus jóvenes colaboradores, encaminado a crear hogares sólidos aunque modernos. Mejor dicho, hogares que precisamente por ser modernos, alcancen hoy su auténtica solidez. Sin embargo, me parece a mí que en ese "catálogo de elementos", en ese repertorio de ingredientes que contribuyen a dar solidez a la institución doméstica falta uno, se omite el principal. Queda olvidado ese que es cabalmente el alma de la familia, el espíritu que internamente la vivifica. Llamémosle el cariño, el afecto, la pasión, la simpatía o, para decirlo en una sola palabra, si la palabra no parece pasada de moda: el amor.

¡Qué significativo es este olvido...! Podríamos decir, no obstante, recordando la parábola evangélica, que la piedra que los edificadores desdeñaron, esa es la que ha de ser puesta como clave del arco. Si la clave falta, todas las otras piedras se vienen abajo.

¿Quedan muy lejos los textos bíblicos? Traduzcámoslos a los términos de nuestra era atómica. El sentimiento, el amor, esencia de la vida, es la fuerza nuclear, la fuerza íntima, invisible, que crea a una familia, como la energía atómica puede crear o destruir un mundo.

La crisis de la familia debiera estudiarse en relación con la crisis general de nuestro siglo. Si ésta afecta a todas las instituciones, la familia no puede ser una excepción. Con el recuerdo de las dos guerras mundiales y la amenaza de la tercera, vivimos hoy cual en medio de una tremenda tempestad, y es muy difícil —ya lo hemos dicho— que afloren sobre las revueltas aguas hogares sólidos, como islotes en el océano. Razón tiene en este punto el propio Eduardo Lindeman cuando afirma que la familia es la clave para interpretar todas las otras formas de la relación humana, "y aun aquellas que se refieren a los graves problemas de la paz internacional".

Luis DE ZULUETA.

Estos versos

(En *Rep. Amer.*)

DOS PALABRAS SOBRE LAS SONRISAS

1

Los libros,
como las mujeres,
se me quedan prendidos al alma.

En los libros,
los versos dicen
la canción que relata la alegría del agua.
En las mujeres,
los ojos son
la sonrisa de los labios del alma.

De los libros,
siempre las sonrisas,
siempre los versos.
De las mujeres,
a veces los cuerpos,
a veces los lamentos,
pero siempre los ojos,
los ojos que son la sonrisa del alma.

2

Si un verso mío se refiere a tus labios,
y otro verso mío se refiere a tu alma;
si yo digo en un verso
que se me va la vida a causa de tus ojos,
y digo en otro verso
que tú tienes la culpa del color de la tarde;
es porque tus ojos y tus labios,
porque tu alma y la tarde,
pronuncian la canción del abrazo y el beso
con que suele expresarse la alegría del agua.

3

Dos palabras
sobre las sonrisas:
los versos,
que son las de los libros,
y los ojos,
que son las del alma.

FUGAZ

Me cansa la mirada fija
y la palabra "siempre"

Quiero escuchar tu voz
un instante,
encontrarme contigo un día,
solamente.

Mientras tanto,
me alegra la mirada fugitiva,
gusto la rosa extraña
hasta hacerla amiga.
Y entonces,
debido al color de unos ojos,
esta alegría
mía
pega gritos
y camina a saltos.

Frecuentemente esquivo la mirada fija.
No me acostumbro a la palabra "siempre".

MEDITANDO

El otoño puede teñir de sangre mis poemas
y el niño puede volver a sentarse
en el ribete del caño.
Yo, sin embargo,
visto de claveles
el ensueño que no existe.

MADRIGAL

Si de día,
yerta ternura
tu recuerdo
ofrece.

Si de noche,
la fiebre
de tus ojos
desmerece,

Esta es la moraleja
de la melancolía:

—El arroyuelo busca,
por besar,
la pura rosa.
Hurga mi corazón
de cuerpo en cuerpo,
de cosa en cosa.

Arturo MONTERO.

San José, Costa Rica. 1950.

El árbol que habla

Por *Antonio MEDIZ BOLIO*

(En *El Nacional* de México, D. F. 19-VIII-50).

Sabido es que los antiguos mayas hacían sus libros de varios materiales, entre ellos el cuero de venado, que se curtía finamente y se arrollaba como el papiro egipcio y principalmente en el papel de corteza macerada de ciertos árboles entre los cuales está identificado el que en lengua de Yucatán se llama *Copó* y en nahoa *Amatl*, castellanizado *amate*, y es el mismo que arbitrariamente se nombra *álamo* en estos lugares del Sureste.

El papel de amate se fabrica todavía en ciertos lugares del Estado de Veracruz, como la región de Papantla, en donde hay notorias supervivencias de costumbres indígenas totonacas, cuya cultura, casi seguramente de procedencia maya, fué naturalmente influída por la cultura nahoa, a través del dominio azteca. Ese papel de amate se usa para fines rituales y no es muy difícil obtenerlo. Recuerdo que Diego Rivera adquirió una vez algunas hojas con la intención, me parece, de construir pictóricamente un códice usando el material auténtico.

Para sus libros, que eran hechos con liturgias secretas como cosa sagrada, los mayas preparaban el papel con una delicada técnica. A diferencia del que se usaba para adornos en el tocado o para otros objetos, el papel obtenido, por la maceración primero y el abatanamiento después, de la corteza del amate, se cubría con una finísima capa de estuco (cal tamizada, miel, clara de huevo) lista para recibir la escritura que, realmente, se pintaba. (En maya, el equivalente actual de escribir *es dzib*, que significa *pintar*). Los escribas no solamente eran sabios, sino también eran incomparables artistas. Lo manifiesta la maravillosa belleza de los Códices.

Los libros de amate se doblaban a manera de biombo y se escribía en cada página por ambos lados. En ellos se consignaban especialmente observaciones astronómicas. El Códice de Dresden contiene anotaciones de eclipses pasados, presentes y futuros. También se escribían así los que pudiéramos llamar tratados de medicina y de agricultura, los misterios de la religión, las tradiciones cósmicas y mitológicas y los anales del pueblo. Y singularmente, el calendario y la cuenta del tiempo.

Por desdicha, de tales preciosos libros sólo quedan propiamente tres: el *Troano Cortesiano* que tal vez se guarda todavía en la Biblioteca del Museo de Bellas Artes de Madrid; el *Peresianus*, que está en París y el *Dresdensis*, que hasta antes de las rapiñas nazis estaba cuidadosamente conservado en el Museo de Viena. Se ve que la casi totalidad de las estupendas bibliotecas mayas desaparecieron destruídas por el fanático celo religioso de los frailes de la Conquista o escondidas, hasta perderse, en lugares inaccesibles y remotos, por el terror y la reverencia de los últimos sacerdotes mayas. El hecho es que no se ha encontrado un solo ejemplar en el área del Antiguo y el Nuevo Imperio, desde el siglo XVI hasta hoy.

En cuanto a la lectura de tales admirables libros, lo cierto es que en más de un siglo de estudios incesantes, de infatigables cotejos y de ansiedades criptográficas, los sabios mayistas sólo han conseguido interpretar los glifos que se refieren al tiempo y en muy escasa parte los que indican temas cosmográficos. La escritura hierática, que contiene la inquietante sabiduría maya, desafía aún a los investigadores, envuelta en mágicos velos de misterio. Todavía no se hace hablar ni se escucha a los libros venerables como hablaron y fueron escuchados en su tiempo. Es impresionante saber que en maya puro el libro se llama *Analté*. Esta palabra armoniosa quiere decir "árbol que habla", concepto para nosotros lleno de poesía y entrañado de simbolismo. Lingüísticamente analizado el vocablo se descompone así —*anal*— rumor de voces — ("ruido grande de palabras de gente" — dice la autoridad del Diccionario maya de Motul), y *té*, que significa vegetal, madera o árbol. Así los mayas, describiendo con su espiritual sentido de las cosas la material consistencia del libro, hecho de corteza vegetal para que en él hablara la sabiduría, le dieron el sugestivo nombre, "el árbol que habla".

Sin querer, uno recuerda la leyenda oriental del príncipe hindú que va a la conquista de las tres cosas preciosas: la fuente de oro, el pájaro que habla y el árbol que canta. Cantan los libros de los mayas con palabras que suenan melodiosamente en el silencio. Los que sabían escucharlas ya no existen. Nosotros sólo podemos percibir vagos y lejanos ecos de su voz. Pero acaso llegue el día en que podamos oír y comprender.

Ochil, Yucatán, agosto de 1950.

Otra carta de Cardona

(En *La Nación*. San José de Costa Rica, 23 de junio de 1950).

México, 8 de junio de 1950.

Señor don Joaquín Vargas Coto.

Mi viejo y cordial amigo:

De la familia me llegó carta, hace poco, con un recorte de periódico lleno de profundas y dulces significaciones. Se trata de un artículo suyo, sabroso y ágil "como una merienda mientras llueve" en que despierta usted el anecdotario de nuestros primeros años literarios. A lo largo del tiempo, por incidencia más que por afortunado sistema, he venido leyendo cosas suyas en el periódico; porque no siempre los míos allá tienen el buen humor de enviarme, entre noticias frescas de mi patria chica — no la mal querida, sino la más querida— lo que se escribe de incorporable a la memoria nacional. Ni usted mismo sabe a qué grado de eficiencia ha llegado el detector de su espíritu en eso de buscar metales o aguas profundas en mi subterráneo mental: la lectura de su artículo me devolvió todo el desteñido color de imágenes, sucesos y anécdotas de otra época, como si tuviese ante mí el espejo mágico del fakir indo. Esas son obras de caridad que con nada se pagan; y entre risas y lágrimas —suelo verterlas rarísimas veces— he gozado tornándome muchacho con el bombín terciado y las melenas demasiado crecidas, aunque limpias... Ningún reparo tengo que hacer al margen de su bello y fiel artículo, y en nombre de una humanidad que se va —la del pensamiento hilandero, generoso y sin dogmas políticos ni espirituales— le doy las gracias.

Pero, ¡ah, mi buen amigo! El Cardona del bombín ha muerto, soterrado bajo el peso de treinta y más años de trasiego espiritual, bajo la constante exigencia del deber como jefe de hogar y la admonición de las disciplinas científicas, filosóficas, lingüísticas y demás. ¡Cuánto me hubiera gustado poder consagrar mis esfuerzos directos, en materia de trabajo intelectual, a mi patria chica! Pero yo tengo en la planta de los pies la señal del andariego, que en la tradición de hindúes y chinos está señalada por un lunar grande, y estaba en mi destino el voluntario destierro en busca del pan de cada día. Sin embargo, pienso que Costa Rica tiene muchos valores dignos y sólidos, que pueden sostener, como usted, el peso específico de su cultura entre este oleaje de veleidades que empuja al mundo hacia las tiranías planas y horizontales. Y me consuelo viendo cómo la obra que sembré, crece y se afirma en los hijos, y se prolonga más allá con el nacimiento de mi primer nieto, hijo de Rafael, mi tercer vástago, que continuará la tradición de los Cardona más allá de las fronteras de la "patria naturans" Ese niño será Rafael III, como se estila en México en las familias donde un nombre personal sirve de tono enfático y casi dinástico a la supervivencia de las mismas. Y aunque la pobreza me sigue los pasos con la fidelidad amarga de Xantipa por Sócrates, he visto en plena floración a mi familia, producto de tanto afán y de tan enrevesadas estrellas; a mi hija Eugenia, doctora en medicina, tan pequeñita de cuerpo como mi madre y tan enorme de espíritu que yo corro tras ella jadeando, tanto en materia de voluntad como de inteligencia. Ahora se me la llevan, becada por un patronato de México, por recomendación especial del más gran anatomopatólogo contemporáneo —el doctor Isaac Costero, español— a un centro médico de investigaciones de los Estados Unidos, sito en Newark, después de tener a su cargo —desde los 23 a los 25 años— la jefatura clínica de un hospital antituberculoso en Huipulco, D. F., México.

¿Y de los demás muchachos, qué? Pues hombre, no voy a hacer el elogio de toda la familia, y bástele saber que en nuestros ratos de ocio, todos gozamos, hasta las lágrimas, con Aquileo Echeverría, ese inmenso poeta provinciano, a cuya memoria pienso dedicar parte del "último poema" que acabo de terminar, con rumbo a don Joaquín García Monge, para su edición convivial, si es posible y si los lectores de Costa Rica quieren pagar el costo sin ganancia usuraria para nadie, mucho menos para él, tan ilustre y bondadoso siempre. Yo le ruego atentamente que, si reproduce esta carta —lo autorizo para ello— lo anuncie así a mis viejos paisanos y lectores, porque es probable que cuelgue definitivamente la pluma "de la espetera e hilo de alambre" de que colgó la suya don Miguel de Cervantes en la póstuma obra de su retiro carmelita. Refiero, en carta a don Joaquín, la historia de ese trabajo, que consagro a una cultura moribunda, secudida desde todos los ángulos por la barbarie en marcha, so pretexto de "la dictadura del proletariado". Yo le ruego, a usted especialmente, acercarse a ese poema para que juntos lo gocemos o lo enterremos; y a reserva de pedirle campo permanente en su periódico, para anotaciones de arte, filosofía o política (?) —y a fin de quitarle las cargas excesivas al otro don Joaquín—, le envío un abrazo hondo, cálido, sincero, con mis mejores deseos por su bienestar. Suyo, siempre

Rafael CARDONA.

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA IBEROAMERICANA

Teléfono 3754
Correos: Letra X
J. García Monge
En Costa Rica:
EDITOR
Sus. mensual ₡ 2.00

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

"Bárbaros, las ideas no se matan", repitió Sarmiento
Desgraciado el pueblo cuando el hombre armado delibera.—Bolívar

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York

Noticia de libros

Indice y registro de los impresos que nos remiten los Autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

La benemérita Editorial LOSADA, en Bs. Aires, se manifiesta con estos libros, recién editados:

En la preciosa colección "La Pajarita de Papel", dirigida por Guillermo de Torre:

Henry James: *El sitio de Londres. Los papeles de Aspern.* (Novelas).

"El arte vivo y constructivo lucha siempre contra una corriente de apariencias a fin de crear la vida. La vida que James describe, en la superficie es falsa; la que inventa es verdadera".

En la Biblioteca Contemporánea, el volumen 82:

Benito Pérez Galdós: *El Audaz.* Historia de un radical de antaño.

En la colección "Las grandes novelas de nuestra época", dirigida por Guillermo de Torre:

Jules Romains: Los hombres de buena voluntad; tomo X: *Los poderes.* Tomo XI: *Apelación al abismo.* Traducción de L. Acevedo de Borges.

En la Biblioteca del maestro, dirigida por Lorenzo Luzurriaga:

J. y E. Dewey: *Las escuelas de mañana.* Traducción de Lorenzo Luzurriaga.

Roger Cousinet: *Un nuevo método de trabajo libre por grupos.* Traducción de Carlos Luzurriaga.

En las Biografías históricas y novelescas:

Antonina Vallentin: *Heine.*

"Trátase sin duda de la más aguda biografía de Heine".

En la Biblioteca Filosófica, publicada bajo la dirección de Francisco Romero:

María Zambrano: *Hacia un saber sobre el alma.*

Profundos estudios filosóficos de una alta mente teórica que es al mismo tiempo un exquisito temperamento femenino.

Señalemos el *Instituto de Literatura Puertorriqueña,* en San Juan de Puerto Rico. Los mayores elogios merece por su empeño de crear historia mediante las letras. Y es generoso y se reparte en forma de libros que enaltecen a Puerto Rico.

En estos días hemos recibido los siguientes:

José de Diego: *Cantos de pitirre.* Inst. de Lit. Puertorriqueña. San Juan de P. R. 1949.

Obdulio Bauza: *Las hogueras de cal.* Poemas. San Juan, Puerto Rico. 1947.

Evaristo Ribera Chevremont: *El niño de la arcilla.* Biblioteca de Autores Puertorriqueños.

Cesáreo Rosa-Nieves: Teatro Puertorriqueño. Tomo I. *Román Baldorioto de Castro* (Biodrama en tres actos y en verso). Imp. Soltero. Santurce, P. R. 1948.

Manuel Méndez Ballester: *Isla cerrera.* Novela basada en la conquista de Puerto Rico. Undécima edición (revisada). Editorial Diana, S. A. México, D. F. 1949.

Eugenio Rentas Lucas: *Mañana en el Alba* (Poemas). Portada de Osiris Delgado. Editorial Yaurel. San Juan, Puerto Rico. 1949.

Elia Sulsona: *Hija del árbol.* Imp. Soltero. 1949.

Samuel Lugo: *Ronda de la llama verde.* Poemas. San Juan. Puerto Rico.

Evaristo Ribera Chevremont: *Verbo.* San Juan de Puerto Rico. 1947.

Números 2, 4 y 5 de los *Cuadernos* de la Unversidad de Puerto Rico, Departamento de Estudios Hispánicos:

Carmen Gómez Tejera: *La novela en Puerto Rico.* Apuntes para su Historia. Junta Editora. Univ. de Puerto Rico. 1947.

Arturo Córdova Landrón: *Salvador Brau.* Su vida, su obra, su época. Ensayo histórico biográfico crítico. Primer Premio y Diploma de Honor de Ateneo Puertorriqueño. Editorial Universitaria. Universidad de Puerto Rico. 1949.

Antonia Sáez: *El Teatro en Puerto Rico.* (Notas para su Historia). Edit. Universitaria. Univ. de Puerto Rico. 1950.

Homenajes:

A Tirso de Molina en el tercer centenario de su muerte, se lo hace el excelente mensuario chileno: *Atenea,* en su entrega de junio de 1948.

A don Francisco de Miranda en el bicentenario de su nacimiento, se lo hace la magnífica *Revista Nacional de Cultura,* publicada por el Ministerio de Educación Nacional (Venezuela), en su edición de enero-abril de 1950.

Como obsequio —que tanto le agradecemos— del Dr. J. Vivanco, en San Antonio de los Baños, Cuba:

Versos, por José Ramos Bello, Ricardo Lancís Alfonso, Juan Antonio Cantaloiedra y Federico Villoch. Habana. 1950.

En la "Colección Cultura Ariguanabense", Vol. III, de que es director el Dr. Vivanco.

Es un esfuerzo ejemplar. Si lo imitaran otros en nuestra América ignorada, ella en sí.

y *Vida de Martí* por Rafael Estenger. Ediciones Mirador. Habana.

Enterémonos e imitemos: *Este ejemplar no se vende. Edición especial ofrecida como obsequio de la Cervecería* LA POLAR *a los niños de Cuba.*

Los folletos:

Juan Rejano: *Constelación Menor* (Poesía). Ediciones "La Espiga y El Laurel". Morelia. 1950.

Dr. Teodoro Alvarado Garaicoa: *Vasco Núñez de Balboa,* Adelantado de la Costa del Mar del Sur. Universidad de Guayaquil. Departamento de Publicaciones. Ecuador. S. A. En las Publicaciones del Centro de Cultura Hispánica de Guayaquil.

Atención del autor que le sabemos agradecer.

En las Editions *Pensee et Action,* Bruxelles Paris, 1948:

Hommage a Gandhi. Del mayor interés para los gandhianos del mundo.

Otro folleto que interesa mucho en estos días a los apristas de nuestra América:

Documentos relativos al asilo del Sr. Víctor Raúl Haya de la Torre en la Embajada de Colombia en Lima. Publicación oficial del Ministerio de Relaciones Exteriores. Bogotá. 1950. Imprenta Nacional.

En el folleto: *Política colombiana. La oposición y el Gobierno,* un centenar y más de colombianos preocupados acusan. Entre otros firman esta *Carta que un grupo de ciudadanos liberales dirigió al Excelentísimo señor Presidente de la República:* Alfonso López, Eduardo Santos, Darío Echandía, B. Sanín Cano, Luis Edo. Nieto Caballero..

Como sobretiro del Nº 16 de *Corcel,* Madrid 1949, este cuento de Jorge Campos: *El autógrafo.*

Se lee con gusto.

El Instituto de Vías de Comunicación de la Universidad Nacional de Tucumán distribuye este folleto:

Ferrocarriles Argentinos, por el Teniente Coronel Juan F. Castro, Ministro de Transportes de la Nación.

(Texto: Significado de la nacionalización de los ferrocarriles.— Lineamiento general de Obras realizadas por la Nación con este fin). la política del Gobierno sobre transportes.—